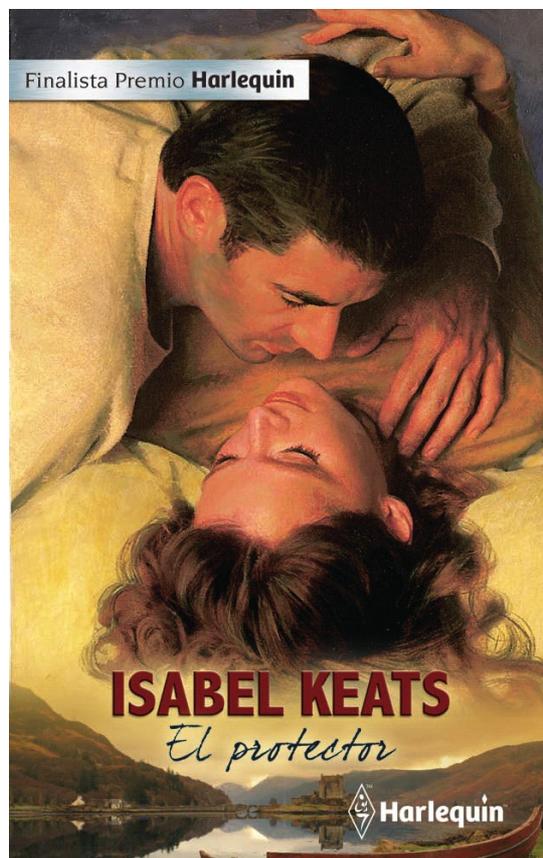


El Protector Isabel Keats



EL PROTECTOR, Nº 2 - noviembre 2011

Colección: PREMIO HARLEQUIN

Número: 2 - Páginas: 160

Publicación eBook: 27/10/2011

ISBN eBook: 9788490009932

Tema: Secretos

Argumento:

Ante la amenaza de un posible secuestro, el padre de Vega la obligó a salir de Madrid y volar a Londres, donde Martin Grant, que había sido miembro del cuerpo de seguridad de su padre, se ocupó de protegerla y esconderla. El atractivo Martin ocultó a Vega en un pueblo apartado de Escocia, haciéndola pasar por su sobrina.

Vega se fue sintiendo cada vez más atraída por el frío y misterioso Martin. Él, por su parte, sabía cómo protegerla del peligro, pero... ¿sabía cómo proteger su corazón de piedra de aquella jovencita inexperta?

CAPÍTULO 1

El barullo en el aeropuerto de Heathrow era considerable. Vega se dirigió hacia la salida empujando el carro en el que llevaba su inmensa maleta. No sabía quién iría a buscarla. Su padre se había mostrado muy misterioso con todo el asunto; lo único que le había dicho era que un hombre, con un cartel del Hotel IDN, la estaría esperando cerca de la cola de los taxis.

Le fastidiaba tanto dramatismo. Se había visto obligada a dejar Madrid a toda prisa, sin despedirse de nadie, en un momento en que su agenda estaba llena de fiestas y planes interesantes.

Sólo había accedido porque era la primera vez en su vida que veía a su padre realmente preocupado, pero ya empezaba a arrepentirse.

Nada más salir al exterior, un soplo de aire helado hizo que se arrebuja en la fina chaqueta que cubría su vestido.

«Maldita sea», pensó, «creo que me he confundido de ropa».

Al salir de Madrid la temperatura rondaba los veintitrés grados y el cielo lucía un magnífico tono azul cobalto; nada que ver con el día gris y desapacible que la recibía en Londres.

Miró a su alrededor, un montón de taxis esperaba en una ordenada fila unos metros más allá. En cuanto se acercó, descubrió a un hombre que le hacía señas.

–¿Va al Hotel IDN, señorita? –preguntó con un marcado acento *cockney* mostrándole el cartel–. Si quiere le llevo la maleta.

–Perfecto, muchas gracias –respondió con su perfecto inglés de la BBC. Al menos, el dineral que su padre se había gastado en su educación había sido bien empleado.

El hotel no quedaba lejos del aeropuerto. Desde luego, no era el típico hotel donde ella solía alojarse. El aspecto era bastante cochambroso, poco más que lo básico para aquellas personas cuyo avión había sido cancelado y se veían obligadas a pasar la noche en tierra.

«Esto se pone cada vez más deprimente» se dijo enfadada.

El taxista se dirigió a la lúgubre recepción y, a los pocos minutos, volvió con una llave.

–Le subiré la maleta.

El ascensor estaba estropeado. Vega se alegró de no ser ella la que cargase con la pesada maleta los tres tramos de escaleras.

El hombre se detuvo frente a la habitación 301, abrió la puerta, echó un vistazo al interior y dejó su equipaje sobre una banqueta que había a los pies de la pequeña cama.

Vega buscó su billetera en el bolso y se dispuso a pagarle.

–No es necesario, señorita, todo está arreglado. Buenas noches.

Sin más, el hombre abrió la puerta y se fue. A pesar de su aspecto anodino, estaba claro que no era un taxista corriente.

Vega miró a su alrededor cada vez más irritada.

–¡Menuda cutrez! –exclamó en voz alta.

La habitación, pequeña y oscura, tenía un aire deprimente con sus escasos muebles y el patético grabado torcido que colgaba de una de las paredes. Se asomó al cuarto de baño. Aunque minúsculo, al menos parecía estar bastante limpio.

Quitó la colcha anaranjada de tejido sintético llena de manchas sospechosas, y se tumbó en la cama mirando al techo, mientras maldecía a su padre. Su lista de insultos iba ya por la m de malvado y mentiroso, cuando alguien golpeó la puerta con los nudillos.

–¿Quién es? –preguntó sobresaltada.

No hubo respuesta.

Vega, más que un poco asustada, se puso en pie a toda prisa, cogió el bolígrafo que estaba sobre la mesilla de noche, le quitó el capuchón y, empuñándolo como si fuese una lanza masái de metro y medio de largo, permaneció a la espera.

La puerta se abrió con suavidad y un tipo inmenso se coló en la habitación. Su estatura rondaría el metro noventa, con amplias espaldas y caderas estrechas. La camisa de algodón azul pálido se pegaba a su cuerpo fibroso que, a pesar de no estar musculado en exceso, transmitía la impresión de una extraordinaria fortaleza. El hombre permaneció observándola desde su altura, con unos inescrutables ojos grises que resaltaban en su rostro bronceado. Llevaba el pelo rubio ceniza bastante corto. Todo en su apariencia indicaba autoridad y cierto aire de soldado profesional.

La chica agarró más fuerte el bolígrafo, sintiendo que se le desbocaba el corazón; se veía a sí misma como un mosquito enfrentándose a un elefante.

–¿Cómo se atreve a entrar en mi habitación? –preguntó altanera, consciente del ligero temblor que asomaba en sus palabras.

–Creo que debería presentarme –la profunda voz masculina le produjo un escalofrío que recorrió su columna de arriba a abajo–. Me llamo Martin Grant, hace años fui miembro del equipo de seguridad que rodea a su padre.

Entonces Vega lo reconoció. Habían pasado algo más de diez años desde la última vez que lo vio; ella era entonces una cría de trece años y se pavoneaba delante de él, con sus incipientes armas de mujer, intentando, sin éxito, llamar su atención. Ya no quedaba nada de aquel muchacho de veintitantos; ahora era un hombre de expresión despiadada, que lucía unas leves arrugas en las comisuras de los ojos que acentuaban su atractivo.

Vega soltó por fin el bolígrafo, algo más relajada.

–Me gustaría saber a qué viene tanto misterio, tanto hotelucho de cuarta. Todo esto empieza a parecer una mala novela de espías –afirmó impaciente, mientras se apartaba de los ojos una guedeja de su larga melena castaña, vetada de mechones más claros.

–¿No le ha dicho nada su padre?

–Sólo que tenía que dejar Madrid en seguida, que corría peligro. La verdad es que si no lo hubiera notado tan preocupado, no le habría hecho ningún caso. Mi padre siempre ha sido excesivamente protector. Además, me extraña que le eligiera a usted para el trabajito; creía que no se veían desde hacía años.

–Siempre hemos mantenido el contacto. Él me prestó cierta cantidad de dinero hace tiempo para comenzar un negocio y, de vez en cuando, hablamos por teléfono. De todas

formas, ahora no hay tiempo para explicaciones. Más tarde le contaré todo lo que desee. Le he traído ropa más adecuada para el lugar al que nos dirigimos; me temo que su equipaje no le servirá allí.

De una bolsa negra que llevaba colgada al hombro sacó unos vaqueros, un grueso jersey de lana y unas botas altas forradas de borrego y los arrojó sobre la cama.

–Por Dios, ¿a dónde vamos? ¿A Siberia?

–No tan lejos. Sólo un poco más al norte.

–Uhh. Qué misterioso –se burló.

Martin se limitó a mirarla con esos ojos que parecían espejos, fríos e impenetrables.

–¿Y se puede saber qué va a pasar con mis cosas? No esperará que tire mi ropa ¿no? No son trapos de cualquier gran almacén como los que seguramente usan sus amiguitas – no le importó parecer una maleducada, deseaba provocarle y que mostrara algún tipo de emoción, aunque fuera enojo. Pero él se dirigió hacia la puerta como si nada y con una mano en el pomo, se volvió para decirle:

–Alguien vendrá a recogerlo todo más tarde. Tiene diez minutos para cambiarse de ropa. Si le lleva más tiempo entraré y yo mismo le ayudaré a terminar de vestirse.

–¡Cerdo asqueroso! –exclamó ella en español.

El hombre no debía entender el idioma, pues salió cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

Vega no se hizo la remolona, tenía la certeza de que Martin Grant no era alguien que lanzara amenazas gratuitas. Se puso la ropa y le sorprendió que todo le quedase a la perfección, incluso las botas eran de su número. No eran prendas de lujo, pero tampoco eran horribles. En el cuarto de baño se miró al espejo y notó con satisfacción que los pantalones se ajustaban como un guante a sus esbeltas caderas, en tanto que el cuello alto blanco del jersey resaltaba el tono dorado de su piel. Sentirse guapa le daba seguridad en sí misma e iba a necesitar toda la que estuviera a su alcance para enfrentarse con ese hombre desconcertante que la sacaba de sus casillas.

Sonaron dos toques en la puerta y, sin esperar a escuchar el correspondiente «adelante», Martín Grant entró de nuevo en la habitación.

–¿Satisfecho? ¡oh, amo! –zumbona, Vega dio una vuelta sobre sí misma, poniendo de relieve su figura grácil y estilizada. Su sedosa melena, acompañó el movimiento con fluidez.

–Lástima, me hubiera encantado ayudarla a vestirse –respondió Grant con un tono neutro que desmentía el sarcasmo de sus palabras, al tiempo que sus pupilas la desnudaban con lentitud.

Vega no pudo evitar sonrojarse, algo que no le ocurría muy a menudo y que contribuyó a aumentar el desagrado que sentía por aquel hombre.

–¡Vayámonos de este antro de una vez! –ordenó enfadada dirigiéndose hacia la puerta, sin percatarse de la divertida sonrisa que esbozó Martin Grant.

CAPÍTULO 2

Las manos masculinas, de dedos largos y fuertes, asían el volante con delicadeza, mientras ella, sentada a su lado, luchaba entre las ganas de castigarle con su silencio –cosa que no parecía preocuparlo en absoluto– o empezar a hacer, una detrás de otra, todas las preguntas que rondaban su mente. Al final decidió que castigar a quien no se daba por aludido era una pérdida de tiempo.

–¿Puedo saber por qué hemos salido por la puerta trasera del hotel?

–Simplemente, para asegurarnos de que nadie nos seguirá hasta nuestro destino. El chófer que la llevó al hotel es bastante hábil, pero todas las precauciones son pocas. Dudo que nadie relacione a la elegante señorita del vestido de firma y los zapatos de tacón que entró por la puerta principal con la chiquilla en vaqueros, arrebujada en una abrigada cazadora, que salió más tarde por la puerta de atrás, acompañada por un hombre corpulento.

–¡No soy una chiquilla! –protestó en un tono que, incluso a ella, le pareció infantil.

Grant no hizo ningún comentario y Vega prefirió cambiar de tema.

–¿Por qué tantas precauciones? ¿Cuál es la amenaza? ¿Por qué mi padre le envía a usted?

–¿Qué...? Una a una, si no le importa, no soy un contestador automático –la interrumpió alzando una mano con gesto burlón.

–¿Qué es lo que está ocurriendo? –resumió Vega en una sola pregunta, mirándolo furibunda.

El hombre le echó una ojeada y recuperó la seriedad en el acto.

–Hace un mes, la policía española se puso en contacto con su padre. Durante uno de los registros rutinarios realizados en un local perteneciente a la mafia rusa en Marbella, encontraron un dossier en el que aparecía una minuciosa información sobre sus negocios: un listado de sus empresas y todo tipo de detalles sobre las transacciones y beneficios de éstas. Además, aparecieron también una serie de fotos tuyas, señorita De Carrizosa, que indicaban que llevaba tiempo sometida a vigilancia. Algunas de esas fotos eran algo comprometedoras.

–¿Qué quiere decir?

–En una de ellas sale usted besando al hijo del empresario Jaime Pedrosa, cuyo nombre ha sonado en varios de los últimos escándalos de la alta sociedad por consumo y, quizá, por tráfico de drogas...

–¡Malditos!

–Digamos que, entre la amenaza que se cernía sobre usted por un posible secuestro, y su tendencia a frecuentar compañías más que dudosas; su padre decidió que lo mejor sería sacarla de la circulación durante una temporada; llevarla a un sitio fuera de su entorno habitual y esperar a que la cosa se calme. Durante ese tiempo convendría que no se pusiera usted en contacto telefónico con sus amigos. Podrá mandarles algún correo, pero sin dar ninguna pista que les permita averiguar su paradero.

–¡Dios mío, habla usted de mí como si fuera un paquete indeseado! Y si puede

saberse ¿cuánto tiempo durará esta reclusión?

–Lo que sea necesario –zanjó Grant la discusión.

Indignada, Vega se envolvió con los extremos de su cazadora y cerró los ojos, dando a entender que no estaba de humor para seguir conversando.

Grant desvió por un momento los ojos de la carretera y miró a la mujer sentada a su lado.

Parecía una gatita enfurruñada. Le había sorprendido su aspecto cuando se coló en la habitación del hotel. La imagen que tenía en la mente de una niña de piernas largas y *brackets* en los dientes no tenía nada que ver con la de la seductora joven que, a pesar de temblar como una hoja, era capaz de enfrentarse a él con un bolígrafo como toda arma. Debía reconocer que la escena le había enternecido, algo nada usual en él.

El cuerpo de la joven no era voluptuoso, sino delicado y flexible, y sus rasgos, a pesar de sus malos modos, reflejaban una dulzura fuera de lo común. En conjunto, una belleza llena de encanto, muy peligrosa para aquellos ingenuos que tuvieran la mala suerte de tropezarse con ella. Por lo que le había contado su padre sabía que era huérfana de madre desde que nació; también le confesó que nunca había sido capaz de negarle nada, que la muchacha estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya. Su propio padre reconocía sin ambages que ya no era capaz de manejarla. Martín se prometió no bajar la guardia; Vega aprendería que él no era un pelele al que pudiera manejar a su antojo.

Continuó conduciendo rumbo al norte durante el resto de la noche. Asomaban los primeros rayos de la aurora cuando se detuvo frente a una pequeña casa de piedra, cubierta por una parra virgen del color de la sangre. Se volvió hacia la joven, que había dormido durante la mayor parte del camino; su aspecto indefenso con la preciosa melena cubriéndole parte de la sonrosada mejilla le produjo una nueva punzada de algo que no pudo identificar. Sobreponiéndose, le sacudió el brazo ligeramente.

–Ya hemos llegado.

Vega abrió los párpados despacio y Grant entendió por qué un incauto desearía ahogarse en esos lagos dorados. La chica examinó la casa y esbozó una amplia sonrisa que le marcó unos hoyuelos en las mejillas.

–¡Es encantadora! –pero recordando en el acto su papel de víctima poco dispuesta al sacrificio, frunció el ceño y añadió–: Este lugar parece perdido de la mano de Dios.

–El pueblo queda a unos tres kilómetros.

–¿Es un pueblo grande?

–Lo suficiente como para tener su propio pub.

Vega no había tardado mucho tiempo en comprender que el señor Grant era bastante reacio a proporcionar más información de la que consideraba necesaria, así que decidió no hacer más preguntas.

Por el momento.

Ahora que el sol se abría paso entre nubes y montañas, pudo contemplar los alrededores de la casita. El paisaje era de ensueño: colinas color esmeralda rodeaban un valle salpicado de brezos aquí y allá; pequeños bosques donde los árboles exhibían una

gama de color que iba del rojo al amarillo y un río de cauce plateado en la distancia. Parecía la foto de un anuncio de naturaleza salvaje. Trató de dominar sus expresivos rasgos para que no traicionaran el deleite que le proporcionaba el panorama y se dirigió hacia la puerta principal.

–¿Entramos o no? Hace un frío que pela.

Su tono impertinente hizo que, en la comisura de la boca de Grant, vibrase un músculo; algo que no pasó desapercibido a los ojos de Vega, que lo estudiaba con disimulada atención.

«Antes o después, encontraré la forma de sacarle de sus casillas», se prometió a sí misma.

Y ella siempre lograba lo que se proponía.

La planta baja constaba de un salón con chimenea y una luminosa cocina abierta. Grant subió la empinada escalera que llevaba a los dormitorios. Había dos, cada uno con un pequeño baño en suite.

El hombre abrió una de las puertas.

–Esta es su habitación. En el armario encontrará ropa adecuada y en el baño todo lo que pueda necesitar para tu aseo. Si necesita algo más dígamelo, iremos al pueblo a comprarlo.

–¿Vamos a vivir aquí solos los dos? Qué dirá la gente... –le miró con fingido embarazo, llevándose una mano a la mejilla.

–Tranquila –dijo Grant. En su boca apuntó una sonrisa, ligeramente torcida, que hizo que a Vega le temblaran las piernas.

–A partir de ahora eres Vega Grant –le informó tuteándola por primera vez–, mi sobrina, que viene en busca de la tranquilidad necesaria para terminar su tesis doctoral. Tengo entendido que hace meses que tú deberías estar trabajando en la tuya. Además, no tienes pinta de ser una persona a la que le preocupen mucho las apariencias...

Vega lo miró con rencor y dignamente le pidió:

–Vete, por favor.

En cuanto Grant abandonó la habitación, la chica cerró dando un portazo y, de inmediato, se sintió mucho mejor.

La habitación, aunque sencilla, tenía mucho encanto. Una gran cama de hierro, con una colcha de *patchwork* en tonos rojos y verdes ocupaba la mayor parte del espacio. Un armario antiguo y un escritorio junto a la ventana completaban el mobiliario. Entró en el cuarto de baño y encontró los útiles de aseo necesarios, después regresó al dormitorio, abrió una de las puertas del ropero y descubrió más pantalones, camisas de manga larga y abrigados jerséis. En uno de los cajones halló varios conjuntos de sencilla ropa interior de algodón blanco –todo de su talla– y se preguntó quién habría comprado aquellas cosas. Se sentó frente al escritorio, deslumbrada con la vista espectacular que se extendía ante su ventana. De repente, el estómago le recordó que habían pasado muchas horas desde su última comida. Como si le hubiera leído la mente, Martin Grant llamó a la puerta con los nudillos.

–Será mejor que bajes a comer algo, me imagino que estarás hambrienta.

Por un instante deseó hacerse la mártir y negarlo, pero comprendió que él no le prestaría ninguna atención. Bajó al piso de abajo y vio que sobre la pequeña mesa de la cocina, Grant había dispuesto unos platos con algo de queso, embutido, pan y una botella de vino.

–No es un banquete, pero es rápido de preparar. Lo mejor será que comamos algo y descansemos un rato. Ha sido una noche muy larga.

A Vega, que estaba hambrienta, todo le pareció delicioso.

–Vino español, qué detalle.

–Me encanta. Durante mi estancia en España comencé a apreciarlo y siempre tengo alguna botella guardada.

Continuaron comiendo en amigable conversación y, cuando terminaron, la chica sintió una agradable modorra.

–Tenías razón, estoy cansada. Me acostaré una rato.

Por unos instantes le observó calculadora y decidió que una actitud más sumisa quizá podría reportarle ciertas ventajas.

–Quiero que sepas que aprecio lo que estás haciendo por mí, Martin, es muy amable por tu parte.

Al fin y al cabo, tendrás mejores cosas que hacer que actuar de niñera...

–Vega... –escucharle pronunciar su nombre le hizo sentir un cosquilleo en el estómago– te ha quedado muy bien ese teatrillo de niña buena y agradecida, pero debo decirte que no te pega mucho.

No sé con qué tipo de gente acostumbras a tratar, pero ya te darás cuenta de que conmigo no valen tus trucos.

–¡Eres odioso! ¡Y no soy ninguna niña! –airada, la joven se dio la vuelta y se marchó a su habitación. De nuevo se escuchó un portazo en el piso de arriba.

Martin Grant sonrió para sus adentros mientras recogía los restos de la comida. Tenía que reconocer que la chica era deliciosa y, aunque ella no era consciente de ello, completamente transparente.

CAPÍTULO 3

Un par de horas más tarde Vega se despertó y, durante unos minutos, no pudo recordar dónde se encontraba. Se levantó, entró en el cuarto de baño y, tras una larga ducha con agua bien caliente que la dejó como nueva, se vistió y bajó al salón. La recibieron los alegres ladridos de un enorme labrador negro.

–Hola, bonito. ¿Quién eres tú, si puede saberse? –preguntó acariciándolo detrás de las orejas.

–Te presento a Oberon –Vega alzó la cabeza y descubrió a Martin apoyado en el quicio de la puerta, observándola–. Me alegra que te gusten los perros, lo había dejado fuera por si acaso pero, si a ti no te importa, está acostumbrado a vivir dentro de la casa.

–Por supuesto que no me importa. Me encantan los perros. Sobre todo uno tan guapo como tú, eh, Oberon –continuó acariciándolo.

–Voy a ir al pueblo. Podemos dar una vuelta, comer en el pub y así te presento a algunas personas de por aquí. Después podrás ir y venir a tu antojo. ¿Sabes conducir?

–Sé conducir, pero nunca lo he hecho al revés, como hacéis los ingleses.

–Como te dirá cualquier inglés que se precie, los que conducís al revés sois el resto del mundo. ¿Vienes? Iré a tu lado, así te sentirás más segura.

La chica se puso la cazadora, cogió su bolso y le siguió hasta el coche. Cambiar las marchas con la mano izquierda le pareció lo más complicado, aunque en conjunto no lo hizo mal. Sólo se despistó al girar en un cruce pero, con unos reflejos prodigiosos, Grant agarró el volante al instante y corrigió la dirección.

El pueblo era pequeño y pintoresco. Tenía una pequeña plaza principal en la que se encontraban el pub, la tienda de comestibles y unas pocas casas más. Un poco retirada, una pequeña iglesia con la torre terminada en punta se recortaba contra el cielo gris.

Entraron en el pub. Martin saludó al propietario tras la barra y encargó dos pintas de cerveza y algo de comer. Unos cuantos parroquianos ocupaban algunas de las pequeñas mesas de madera. Martin Grant los saludó a todos y la presentó como su sobrina, que había nacido en España.

–¡Hola, Martin! No sabía que ya habías vuelto.

El alegre saludo provenía de una mujer muy alta, de pelo rojizo, que acababa de entrar acompañada por un joven, también pelirrojo, que miraba a Vega con curiosidad. Era evidente que la mujer estaba encantada de haberse encontrado con Martin y, sin pedir permiso, se sentó en la mesa de ambos.

–Hola, Kate. Acabo de llegar esta misma mañana. Te presento a mi sobrina Vega Grant. Llegó ayer de España, buscando un sitio tranquilo para terminar su tesis doctoral.

Kate dirigió su mirada hacia la chica y no pareció gustarle mucho lo que vio. Vega admitió a regañadientes que la pelirroja era atractiva pero, para su gusto, tenía un exceso de curvas por todas partes.

–No sabía que tenías una sobrina tan mayor.

–Yo tampoco –comentó el chico que iba con ella– pero estoy encantado de que hayas decidido venir a este lugar perdido. Soy Adam –añadió tendiéndole una mano con una mirada apreciativa–, el hermano de Kate.

–Encantada, Adam.

–Pareces demasiado joven para haber terminado una carrera –comentó Kate, descartando a Vega como si fuera una cría insignificante–. ¿Cuál es el tema de tu tesis?

–Reinventando la periferia; hacia una redefinición del rol de las periferias interiores del área metropolitana de Madrid.

Kate, sin saber qué decir, le dio un sorbo a su cerveza. Martin contempló a la joven divertido.

–Impresionante –afirmó Adam.

Saltaba a la vista que Kate consideraba a Grant de su propiedad y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie; ni siquiera con una supuesta sobrina salida de no se sabía dónde. Durante la comida Kate acaparó a Martin, mientras su hermano le dedicaba a Vega toda su atención.

–¿Te importa que te llame algún día para salir a tomar algo? Aunque, ya ves que aquí el plan estrella es beber una cerveza en este pub.

–Me encantaría, Adam.

–Bueno –anunció Martin levantándose– será mejor que volvamos a casa. Vega todavía tiene que sacar sus cosas y acomodarse. Adiós, Kate, adiós, Adam.

Cuando se subieron al coche la joven no pudo evitar un comentario malévolamente.

–Martin, Martin, eres cruel. Kate esperaba que te despidieras de ella con un beso apasionado. No está bien frustrar las ambiciones de una mujer.

–¿Tú crees? –preguntó Grant sin dejar traslucir ninguna emoción ni desviar los ojos un milímetro de la carretera.

Viendo que sus comentarios le dejaban indiferente, la joven cambió de tema.

–¿Puedo al menos hablar con mi padre?

–Por supuesto, siempre que no menciones el lugar donde estamos. Su teléfono podría estar intervenido.

–Cómo te gusta jugar a los espías –comentó despectiva marcando el número en su móvil.

Grant se hizo a un lado del camino y frenó con tanta brusquedad que a Vega se le escapó el teléfono de la mano. El hombre se volvió hacia ella, la cogió de los hombros con fuerza y, atravesándola con esos ojos que parecían láminas de hielo, le dijo en un tono suave que hizo que se le erizara el pelo de la nuca:

–Ya va siendo hora, Vega, de que te des cuenta de que nada de esto es un juego...

Incapaz de reaccionar ni de decir nada Vega se quedó mirando ese rostro, tan cerca del suyo, cuyo único signo de emoción era un ligero temblor en la mandíbula.

La soltó y siguió conduciendo sin mirarla de nuevo. La chica recogió el teléfono con manos temblorosas y permaneció mirando por la ventanilla hasta que llegaron. Sin decir

palabra, se bajó del coche y fue corriendo a encerrarse en su habitación. Grant suspiró y entró en la casa.

La joven observó que alguien había dejado un portátil y una caja de cartón sobre el escritorio.

Curiosa, levantó la tapa y vio que en su interior se amontonaban los apuntes que había recopilado para su tesis.

«Por lo menos aprovecharé el tiempo», suspiró; no concebía una tortura mayor que estar encerrada en una casa con ese hombre odioso, sin nada que hacer.

Vega encendió el ordenador y empezó a consultar documentos. El tiempo se le pasó sin darse cuenta; después de todo, le encantaba la arquitectura y siempre había disfrutado estudiando. Los últimos meses, llenos de fiestas, restaurantes y discotecas, habían hecho que su trabajo se resintiera.

El sonido del teléfono la sacó de su abstracción.

–¿Dígame?

–Vega, soy Adam. Si te apetece te paso a buscar y cenamos algo en el pub. Vienen unos amigos de Edimburgo. Creo que te hará bien divertirse un poco.

–Gracias, Adam, me encantaría.

–Pasaré a buscarte en media hora ¿de acuerdo?

–Perfecto, no creo que tarde mucho en elegir qué ponerme. La cosa está entre un pantalón y un jersey o un jersey y un pantalón.

–Ja, ja, no te preocupes, seguro que estarás preciosa. Y un pantalón y un jersey es más que suficiente para este pueblo. Nos vemos.

Vega no tardó mucho en arreglarse. Se cepilló la larga melena y, al examinar el tono bronceado de su rostro en el espejo, decidió que no necesitaba maquillarse. Satisfecha con su imagen, salió de la habitación y bajó la escalera corriendo.

–Estoy preparando algo para cenar.

La chica observó la lata abierta encima de la mesa de la cocina.

–¿Estofado de lata? Umm, tentador, pero creo que prefiero cenar fuera. Va a venir Adam a recogerme.

Un par de bocinazos sonaron en el exterior.

–Hablando del rey de roma... adiós, Martin, querido. No me esperes despierto– se despidió, sarcástica.

Martin Grant, con la cuchara de madera en alto, se la quedó mirando hasta que desapareció.

En el pub les esperaba la pareja que había llegado de Edimburgo. Ambos resultaron muy agradables y Vega disfrutó de la velada; tenía la sensación de que hacía meses que no se divertía.

Bebieron bastante vino en la cena y la chica se encontraba agradablemente mareada

cuando, casi a las doce y media de la noche, Adam detuvo el coche frente a la puerta de la casita.

–Muchas gracias, Adam. Lo he pasado muy bien.

–Gracias a ti, Vega –contestó el chico posando sus labios sobre los de ella en un suave beso de despedida. A Vega no le desagradó el contacto, pero cuando notó que Adam empezaba a emocionarse, se desasíó de las manos que sujetaban sus hombros sin brusquedad.

–Adiós, Adam –se despidió.

Bajó del coche, abrió la puerta de la casa, que no estaba cerrada con llave y, una vez más, se volvió para despedirse agitando la mano. Adam arrancó el motor y se marchó.

El interior de la casa tan sólo estaba alumbrado por los rescoldos de la chimenea. Oberon salió a recibirla meneando la cola. Vega lo acarició un rato, después se acercó al fuego y extendió las manos heladas, buscando su calor. De repente, una voz susurró en su oído.

–¿Lo has pasado bien? ¿Qué tal besan los muchachos ingleses en comparación con los españoles?

Vega se volvió sobresaltada, quedándose a escasos centímetros del cuerpo firme e ineludible de Martin Grant.

–¡Me has asustado! ¿Qué haces aquí escondido en la oscuridad? ¿Acaso estabas espiándonos?

–Quería asegurarme de que la niña llegaba a casa sana y salva –contestó burlón.

–¡Qué detalle por tu parte! Pero no hacía falta que te molestaras. Y para tu información te diré... –susurró Vega, que había bebido más de la cuenta, alzándose de puntillas y rozándole la oreja con su nariz, mientras apoyaba las palmas de las manos sobre su pecho–:

¡Que no soy una niña! –Eso último se lo gritó en el oído al tiempo que lo empujaba, tratando de separarse de él.

–¿No? –interrogó Grant, sujetándole el rostro entre sus manos, impidiendo así que se apartara. A la luz del fuego recorrió con la mirada su precioso cabello, que destellaba con brillos de oro; sus grandes ojos, ligeramente rasgados, que le observaban incapaces de ocultar un cierto temor en sus profundidades. Sus pupilas, insondables, se posaron en los labios suaves y llenos, haciendo que a Vega se le aflojaran las rodillas y siguieron su recorrido hacia abajo, deteniéndose sobre sus pequeños senos, que subían y bajaban siguiendo el ritmo de su agitada respiración.

–En efecto, no eres una niña... Vete a tu cuarto –ordenó en un tono suave y frío.

La soltó de repente y Vega se tambaleó unos instantes. Recobró el equilibrio y subió los escalones con toda la rapidez que le permitían sus piernas temblorosas.

Martin fijó los ojos en las llamas, que se iban extinguiendo poco a poco, sintiéndose irritado consigo mismo. No conseguía entender qué demonios le había ocurrido; por

primera vez en su vida había tenido que echar mano de todo su autodomínio para dejar marchar a una chica. Durante unos instantes sólo pudo pensar en esos labios tentadores y el deseo de besarlos se le había subido a la cabeza como el alcohol. La chica estaba a su cargo; no permitiría que las cosas escaparan de su control. Soltó una serie de maldiciones en voz baja, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación como un tigre enjaulado.

CAPÍTULO 4

Vega se despertó sintiendo un fuerte dolor de cabeza y maldijo el vino que había bebido durante la cena. Permaneció un buen rato bajo el chorro caliente de la ducha, mientras imágenes de la noche anterior estallaban como flashes en su cerebro. Si era sincera consigo misma –y casi siempre lo era–, debía reconocer que, pese a considerar a Martin Grant como uno de los tipos más odiosos de la creación, había una parte de ella que se sentía fuertemente atraída hacia él, al menos en un sentido físico. Si pretendía ser ella la que dominara la situación, tendría que andarse con cuidado y no subestimar a ese hombre como siempre había hecho con los demás.

No consentiría que volviera a humillarla de nuevo. Como si un plan de batalla se desplegara ante sus ojos decidió que, aunque le rechinaran los dientes sólo de pensarlo, debía cambiar de actitud.

«A los tipos como Martin Grant, les van más las mujercitas indefensas y sumisas», se dijo.

Tras secarse la cabeza, se hizo una trenza que dejó colgar a un lado de su rostro. Complacida, observó que ese peinado le daba un aire engañosamente angelical.

Bajó las escaleras tarareando una canción. Grant estaba sentado a la mesa de la cocina tecleando en un portátil.

–Hola, Martin. Precioso día, ¿verdad? –exclamó, a pesar de que las densas nubes grises que se veían al otro lado de la ventana no auguraban nada bueno.

El hombre levantó la cabeza y se quedó observándola con esa expresión indescifrable en sus ojos color plata, que a Vega le daba ganas de gritar.

–Pareces muy contenta esta mañana.

–Bueno, he estado pensando. Ya que parece que tendremos que permanecer juntos en esta casita por tiempo indefinido, sería preferible que nos lleváramos bien, ¿no crees?

Él siguió mirándola sin contestar, pero Vega no estaba dispuesta a rendirse.

–Siento lo de ayer, creo que bebí más de la cuenta. ¿Paz y amor? –preguntó tendiéndole la mano.

–Paz y amor –respondió él estrechándosela en un apretón fuerte y cálido que le provocó un calambre que le subió desde la muñeca hasta el codo.

«¡Por Dios!» se dijo la chica, «¡esto no es normal!».

Con rapidez, apartó de su mente esas sensaciones que amenazaban con distraerla de su objetivo.

–A modo de ofrenda de paz, hoy voy a preparar yo la comida. Creo que te vendrá bien descansar de tanta lata y plato preparado; no puede ser bueno para tu colesterol.

–Me abruma que te preocupes por mi humilde salud –comentó con una mueca irónica, que hizo que a Vega le dieran ganas de borrarla de un bofetón. Sin borrar la falsa sonrisa de su boca, la chica prosiguió:

–Iré al pueblo a hacer la compra. Así podrás trabajar tranquilo. ¡Ven conmigo, Oberon!

La joven abrió la puerta y el perro la siguió pisándole los talones. En cuanto estuvo fuera de su vista, su sonrisa se ensanchó aún más. No tenía ninguna duda de quién ganaría esta guerra.

Condujo con cuidado hasta el pueblo. A pesar de lo desapacible del día gris y ventoso, el paisaje que abarcaban sus ojos era de gran belleza. Al llegar, aparcó delante de la tienda de comestibles. En su interior tan sólo había un par de personas que la saludaron amables e incluso se pararon a charlar un rato con ella. La variedad de frutas y verduras no tenía nada que ver con la del mercado al que ella iba de vez en cuando en Madrid, pero tendría que apañárselas. Cogió una barra de pan y una botella de vino de rioja que encontró criando polvo en uno de los estantes y lo añadió al resto de sus compras.

Cuando consiguió todo lo que necesitaba, se subió de nuevo al coche y, cantando una alegre canción, acompañada por algún que otro ladrido de Oberon, volvió a la casita.

En cuanto detuvo el motor del vehículo, Martin salió afuera y se acercó para ayudarla a descargar las bolsas.

–¡Has comprado un montón de cosas! –exclamó Martin, cargando con todo.

–Bueno, es que esta mañana vi lo que guardas en la nevera y me entraron ganas de echarme a llorar.

–¿Quieres que te ayude con algo?

–No es necesario, gracias, será mejor que sigas con lo que estabas haciendo. Dos personas en esta pequeña cocina no harían más que estorbarse.

Martin Grant se sentó de nuevo frente al ordenador. Resultaba un placer verla moverse de manera tan eficiente por la cocina; cortó las verduras en pequeños trozos con la habilidad de un chef y puso una olla al fuego con aceite de oliva y otros misteriosos ingredientes. En un momento dado, descorchó la botella de vino y sirvió dos copas. Le tendió una a Martin y siguió con sus preparativos.

Éste, incapaz de concentrarse de nuevo en su trabajo, se limitaba a observarla fascinado, aunque sin perder de vista la expresión de gatita relamiéndose que asomaba a su cara de vez en cuando; una inconfundible señal de que la chica tramaba algo.

–¿Puedo preguntarte cuál es el menú?

–Puedes. Hoy comeremos de primero ensalada verde con emulsión de queso de cabra y mi aliño secreto, a continuación *ragoût*, especialidad de la familia De Carrizosa, y para finalizar, una macedonia de frutas al aroma de *cointreau*.

–Sueno delicioso, ¿seguro que no quieres que te ayude?

–Si te empeñas, después podrás recoger los platos.

–Trato hecho.

Continuaron charlando durante todo el tiempo que duraron los preparativos, con el perro echado a sus pies. El ambiente de la comida resultó muy agradable, los temas de conversación fluían sin dificultad y, tras finalizar el postre, Vega reconoció a regañadientes, que había disfrutado mucho.

Martin Grant era un hombre interesante, con un sentido del humor algo seco que la hacía reír a menudo.

–No sé si seré capaz de levantarme para recoger los platos –anunció Martin golpeándose el estómago con expresión satisfecha.

«Desde luego», pensó Vega.

El hombre comía como una piraña, aunque cualquiera que viera su vientre, plano como una tabla, no lo creería. Había repetido de cada plato, incluido el postre.

–Martin Grant, has rendido a mis guisos el mejor tributo que una cocinera pueda desear.

–Muchas gracias, Vega, eres una joya: divertida, cocinas de maravilla y encima eres preciosa... –afirmó, recorriéndola de arriba a abajo con esos ojos indescifrables.

Vega, incapaz de adivinar si se reía de ella o no, sintió una ola de rubor inundándole el rostro, lo que la hizo enojarse consigo misma. No entendía a qué venía tanto sofoco; ese hombre le hacía sentirse como una estúpida colegiala.

Gracias a Dios, en ese momento sonó su teléfono, lo que le sirvió para disimular su turbación.

–¡Papá! Ya era hora de que te preocuparas por mí. Llevo aquí no sé cuántos días y no has sido capaz de telefonarme ni una sola vez.

– ...

–¿En buenas manos dices?

– ...

La chica miró de reojo a Martin, que fregaba una cazuela con maña. No parecía que entendiera el español, pero quiso ponerlo a prueba.

–¿No había un tipo más desagradable que pudieras enviar para hacer de niñera?

Ni un pestaño. Martin Grant siguió con los cacharros como si nada.

– ...

–Me gustaría saber cuánto va a durar este castigo...

– ...

–Y no temes que sea este individuo el que te pida un rescate por tu pequeña heredera. No tiene pinta de tener un trabajo honesto. Llevo varios días con él y sólo le he visto un par de veces tecleando en su ordenador.

– ...

–La verdad, prefiero no saber el tipo de trabajillos a los que se dedica...

– ...

–Está bien, papá, pero quiero que sepas que no aguantaré mucho más –enojada, colgó el teléfono con brusquedad.

–¿Alguna noticia? –preguntó Grant.

–No, no hay novedades. Parece que vamos quedarnos empantanados en este maldito lugar durante una larga temporada.

–Ahora que he descubierto que eres tan buena cocinera, no me importa tanto...

Vega lo miró airada y, olvidando su papel de mujer sumisa e indefensa, soltó un bufido y se fue a su habitación, subiendo de tres en tres los escalones.

-Uno, dos...

El portazo no se hizo esperar. Con una sonrisa en los labios, Martin siguió recogiendo los restos de la comida.

CAPÍTULO 5

Los días fueron transcurriendo con un sosiego al que Vega no estaba acostumbrada. Por las mañanas trabajaba en su tesis hasta la hora de comer, mientras Martin mataba el tiempo delante de su portátil.

«Seguramente jugando al solitario», pensaba Vega desdeñosa.

Mrs. Lawrence, una discreta mujer de unos sesenta años que vivía en el pueblo venía unos días en semana a limpiar la casa y cambiar las sábanas y las toallas. La mayor parte de las veces Vega comía con Grant. Unas veces cocinaba ella y otras era él el encargado de abrir una lata y calentar su contenido en un cazo. Los dos mantenían una especie de tregua armada que podría estallar en cualquier momento.

Martin le informaba del estado de las pesquisas de la policía española. Hasta el momento no habían logrado dar con la rama mafiosa encargada de hacer el trabajo, pero por la información obtenida de uno de sus confidentes, era casi seguro que los posibles secuestradores se encontraban ya en suelo español. Lo mejor, según el agente que llevaba el caso, sería que Vega permaneciera en su escondite una temporada.

Por las tardes, a pesar del frío y de la lluvia, la joven salía a pasear durante horas, acompañada por Oberon. Reconocía que ese paisaje verde, salvaje y solitario le fascinaba. En especial, le encantaba acercarse a las revueltas aguas del río donde, de cuando en cuando, veía saltar algún salmón.

A veces Martin decidía acompañarlos y le mostraba rincones escondidos desde donde la vista resultaba espectacular. A Vega le encantaban esas excursiones, a pesar de que el ritmo de la marcha era agotador. Si Martin Grant estaba en una magnífica forma física era por algo. La naturaleza no tenía secretos para él; le mostraba a los animales en su hábitat, criaturas que ella no habría sido capaz de descubrir por sí misma aunque hubieran estado debajo de su nariz. La llevó a pescar un par de veces, aventuras que, invariablemente, acabaron con Vega calada hasta los huesos, retorciéndose de risa, mientras él la miraba divertido, esbozando su atractiva sonrisa.

Una mañana, tras haber caminado durante lo que a Vega le pareció toda una existencia, la chica empezó a refunfuñar.

-¿Que pretendes? ¿Batir algún récord de resistencia?

-Quiero enseñarte un sitio especial.

-Ya puede merecer la pena, porque voy a tener agujetas durante una semana.

-No seas protestona, ya estamos llegando.

El camino se hacía cada vez más empinado, las largas piernas de Martin devoraban incansables kilómetros de abrupto terreno mientras la joven, cada vez más cansada, empezó a quedarse atrás. Al darse cuenta, Martin volvió sobre sus pasos y, sin decir una palabra, se la cargó al hombro como un fardo.

-¡Suéltame! ¡Bájame ahora mismo! -se indignó la chica sin dejar de patalear.

-¡Quieta! -ordenó Martin, dándole una fuerte palmada en el trasero.

Por un momento, Vega se quedó tan atónita, que no fue capaz de pronunciar una palabra.

–¡Maldito, animal! –exclamó golpeando con los puños la espalda del hombre–. ¡He dicho que me bajas ahora mismo!

–Sólo quiero llegar antes de que anochezca...

Unos metros más allá la depositó en el suelo con delicadeza.

–Ya hemos llegado.

Dejando a un lado su dignidad, Vega se frotó la parte dolorida. Miró a su alrededor y el panorama le cortó el aliento.

–¡Dios mío, Martín, es maravilloso! –exclamó olvidando que estaba enfadada con él.

A los pies de la colina que acababan de ascender, se extendía un paisaje espectacular de bosques impenetrables y verdes pastos cubierto de una ligera neblina, atravesados por la cinta plateada del río.

Al fondo destacaban enormes montañas peladas. El sol decidió asomar un instante entre las nubes, bañándolo todo con un resplandor dorado que dejó a Vega sin respiración.

–¿Qué opinas? ¿Mereció la pena?

–Oh, sí –susurró Vega, como si hablar en un tono de voz normal fuera a romper el hechizo del lugar.

–Sentémonos allí –sugirió Martín, señalando una enorme roca asomada al precipicio.

Se sentaron y durante un buen rato los dos permanecieron en silencio admirando la vista.

–Martín...

–Dime, Vega.

–Quiero que me cuentes algo de ti, de tu vida.

–¿De mi vida?

–Sí. No es justo. Tú lo sabes todo sobre mí y yo ni siquiera sé a qué te dedicas, aunque lo sospecho...

–¿Ah, sí? Y dime, ¿cuáles son tus sospechas?

–Creo que eres un mercenario.

–Un mercenario, ¿eh? Me gusta la idea, tiene un cierto halo de misterio, incluso suena romántico ¿no te parece?

–En absoluto, pero eso no es lo que quiero saber.

–¿Y qué es, pues, lo que la dama curiosa desea conocer?

–Quiero saber cómo eras de niño, quiénes fueron tus padres, en fin, ese tipo de cosas...

Martín se quedó mirando el horizonte, pensativo.

–Mi infancia...

–Correcto.

–En realidad no hay mucho que contar. Mis padres se mataron en un accidente de coche cuando yo tenía diez años.

–Oh, lo siento... –murmuró Vega, apoyando su cálida mano sobre el dorso de la de Martin, que descansaba sobre su rodilla.

–No sientas lástima por mí. Ocurrió hace muchos años, y tuve la suerte de que mi abuelo me acogiera en su casa; era mi único pariente vivo. Siempre le agradecí que no me dejara en manos de los servicios sociales.

–Eso hubiera sido muy cruel.

–Bueno, nadie hubiera podido echárselo en cara. El pobre hombre era viudo y su único capital era la exigua pensión del ejército que recibía todos los meses. Apenas había vuelto a ver un par de veces a su hija, mi madre, desde que se casó. Para una persona de casi setenta y cinco años, hacerse cargo de un golfillo de diez, no es una tarea fácil. Pero su vida se sustentaba sobre dos pilares: la patria y el honor, y abandonar a su nieto hubiera sido un acto poco honorable. Crecí en un barrio humilde de Londres, sin lujos, pero tampoco pasé necesidades. Años más tarde, en ese momento crítico de la adolescencia en que el riesgo de inclinarte hacia el lado oscuro es elevado, tuve la suerte de conocer a un hombre que significó mucho en mi vida.

Martin parecía recordar aquellos tiempos con cariño, a pesar de que, aunque no lo hubiera confesado, Vega leía entre líneas la falta de calor familiar y ternura que había dominado ese período de su vida. La mano de la joven permanecía sobre la de él y Grant la atrapó con la otra, acariciándola con suavidad, como si no fuera consciente de ello.

–Yo, aunque siempre fui un chaval tirando a alto, era muy delgado y enclenque y, por tanto, presa fácil de esos chicos a los que les gusta dominar a los más débiles. Decidí apuntarme al gimnasio del barrio, donde el deporte estrella era el boxeo y allí conocí a Samuel Shaw. Bajo su guía desarrollé mis músculos y aprendí a defenderme con habilidad. Más adelante, me introdujo en el mundo de las armas, la seguridad y la protección. Durante años trabajé como escolta, luego conocí a tu padre, que, como ya te conté, me apoyó cuando quise volar por mi cuenta y ahora soy el dueño de un pequeño negocio de temas de seguridad, del que vivo.

Tras un breve silencio añadió:

–Y esa es la historia de mi vida, ¿la señorita preguntona está satisfecha? – bromeó.

Vega asintió con la cabeza. Realmente lo estaba. A pesar de que no se había extendido en los detalles, sentía que ahora le conocía mejor. Rasgos de su carácter, como el sentido del deber, inculcado por su abuelo, su tenacidad o su fuerza, tenían su explicación en esas circunstancias difíciles que lo forjaron como persona.

Permanecieron un rato más contemplando el verdor de la campiña, que parecía extenderse hasta el infinito y, como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos se pusieron en pie al mismo tiempo y, despacio, regresaron a la casa.

Casi todas las noches solían cenar en el pub. Adam, que trabajaba en la zona como ayudante del veterinario, se reunía con ellos para picar algo y beberse una cerveza. Lo mismo hacía Kate que, pese a seguir mirando a Vega con cierta desconfianza, parecía no considerarla ya una amenaza.

Para Vega resultaba evidente que Kate estaba loca por Martin pero, sin embargo, era incapaz de descifrar lo que él sentía por ella; se mostraba amable y considerado, pero a la chica no le daba la impresión de que por dentro ardiera de admiración. Por otro lado, ella misma tendría que hacer algo respecto a Adam. El chico se estaba enamorando a ojos vistas y no le apetecía herirle. Era una lástima, pero quizá tendría que espaciar las visitas al pub.

Una noche, se disponía a salir cuando descubrió a Martin sentado en el sofá del salón, con las largas piernas encima de la mesa y un enorme bol repleto de palomitas en su regazo. Saltaba a la vista que estaba listo para una sesión intensiva de cine en casa.

–¿No vas a salir?

–Nooo. Hoy toca cine.

–¡Cine! –exclamó Vega como si nunca antes hubiera oído esa palabra. Hacía tanto tiempo que no se quedaba en casa viendo una película que, de repente, le pareció el plan más apetecible del mundo.

–¿Qué película vas a ver?

–Estoy dudando entre Soldado universal y Cumbres borrascosas.

–¡Me encantó esa película!

–¿Cuál?, ¿la de Van Damme?

–No, tonto. ¿Compartirás las palomitas si me quedo a verla?

–Bueeeeno.

–Espérame, voy a cambiarme.

–¿Para qué?

–Por las noches hay que ver las pelis en pijama y zapatillas, si no, no es lo mismo.

–¿No estarás pensando en seducirme?

–Desafío al hombre que me encuentre seductora con el pijama y la bata que me has comprado...

–Está bien, pero no tardes. Se enfrían las palomitas.

Diez minutos más tarde, Vega se acomodaba en el sillón a su lado envuelta en una bata informe de paño grueso por la que asomaban las perneras de su pijama escocés y unos gruesos calcetines de algodón.

–Lista.

La película comenzó. Las únicas luces del salón eran las de las llamas en la chimenea y la del propio televisor. Vega permanecía con la vista fija en la pantalla, mientras su mano tanteaba, como el bastón de un ciego, para coger las palomitas. De vez en cuando, sus dedos se encontraban en el bol, lo que a Martin, en apariencia absorto en la película, le producía una agradable sacudida. Se alegraba de que la chica hubiera decidido permanecer en casa.

Grant no podía evitar mirarla de reojo de vez en cuando. A pesar de que no hacía ningún ruido, cada pocos segundos una lágrima brillante se deslizaba por la comisura de su ojo y rodaba por su mejilla.

«¡Menuda llorona!» pensó divertido.

Cuando terminó la película, Vega se quedó un buen rato en silencio observando los títulos de crédito.

–¡Qué bonita! –susurró al fin.

–No has parado de llorar en toda la película.

–Y a ti ¿qué te importa? –respondió enojada, secándose las mejillas con un extremo de la bata–. ¿Tienes que ir siempre de duro? Igual algún día alguien sacude ese corazón de piedra con el que te ha dotado la naturaleza.

–A lo mejor te gustaría intentarlo a ti...

–¿Por qué me iba a gustar?

–Quizá para no tener que reconocer que, por primera vez en tu vida, hay alguien al que no puedes manejar a tu antojo.

–¿Me estás desafiando?

–Puede...

–¿Me estás diciendo que no seré capaz de encontrar la manera de producir en ti una ligera impresión? –preguntó mirándolo con ojos chispeantes.

De un sólo movimiento le quitó el bol de las manos y se acomodó a horcajadas en su regazo. Él permaneció quieto, mirándola con ese iris plateado que parecían atravesarle el cerebro. Le pareció que se reía de ella.

«¡Te vas a enterar!», se prometió.

Enredó sus dedos, largos y delgados, en el corto cabello de su nuca, en una suave caricia.

–Querido Martin, ¿sabes que te das un aire a Heathcliff? Debe ser por el exceso de emociones que bullen en tu interior –comentó burlona.

Sus yemas continuaron el recorrido por las sienes, las cejas, la nariz estrecha y ligeramente curva, deteniéndose al fin sobre sus labios. Con el dedo pulgar separó su labio inferior y comenzó a mordisquearlo. Cerró los ojos; sabía a sal y a mantequilla. Luego introdujo la punta de la lengua en su boca acariciando la piel por dentro. Notó que su propia respiración se aceleraba, sin embargo no percibió ningún cambio en el hombre al que se esforzaba por conmovier. Decidió que sería mejor dejar ese juego, antes de ser ella la que tuviera que avergonzarse.

–Está bien, tú ga...

No le dio tiempo a terminar la frase. Sin saber cómo acabó recostada en el sofá sintiendo sobre sí el peso del cuerpo firme de Martin Grant. Abrió los ojos, asustada, y se encontró con sus pupilas, que parecían arder con una llama plateada. Su boca se abalanzó sobre la suya como un ave de presa y Vega dejó de pensar. Un calor intenso se extendió por todo su cuerpo hasta llegar al centro de su ser.

La boca de Martin era dura y suave a la vez y la arrastraba a un mundo nuevo, sin que ella pudiera resistirse.

No supo durante cuánto tiempo sus labios estuvieron sometidos a ese ataque devastador que la privaba de voluntad, pero en un momento dado, sintió esa boca enloquecedora deslizándose por su mejilla, hasta hundirse en la base de su cuello. El

estremecimiento que siguió la hizo arquearse contra él, mientras un suave gemido se escapaba de su garganta. Concentrada en el roce abrasador de esa boca, apenas notó que la mano de Martin apartaba la solapa de la bata a un lado y empezaba a desabotonar la camisa del pijama. Los labios descendieron por su hombro hasta alcanzar su pecho. La lengua masculina empezó a trazar círculos sobre la punta endurecida de su pezón, provocándole una serie de descargas eléctricas que la dejaron jadeante.

De repente, una corriente de aire frío la atravesó y abrió los ojos; el cuerpo de Martin se había apartado de ella. Incapaz de moverse, Vega se lo quedó mirando aturdida, como si acabara de despertar de un sueño profundo. Martin extendió la mano y le acomodó la bata en su sitio, tapando el pequeño seno que aún permanecía expuesto.

–Está bien. Lo reconozco. Has logrado sacudir mi viejo corazón de piedra –su tono ronco resultó menos firme de lo que pretendía.

Vega siguió mirándolo, incapaz de entender lo que había ocurrido. Por fin, se incorporó sin quitarle la vista de encima, como temerosa de que pudiera saltar de nuevo sobre ella. Tragó saliva.

–Lo siento –acertó a decir con una voz que no le pareció la suya–. No debí tratar de provocarte. Será mejor que vaya a acostarme.

Se puso en pie y, cerrándose las solapas de la bata hasta el cuello, salió arrastrando los pies.

Martin Grant apoyó la nuca en el respaldo del sofá y cerró los ojos. No debería haber sido tan idiota como para retarla de esa forma estúpida. En el fondo, sabía muy bien que, desde hacía días, deseaba besarla. Empezó como un juego, pero en el momento en que sintió los labios de ella rozando los suyos, se convirtió en algo mucho más serio.

Era la primera vez que perdía el control de esa manera. ¡Por Dios!, había estado a punto de acostarse con una joven, poco más que una niña, a la que habían encomendado a su cuidado. Viendo su reacción, supo al instante que no era la mujer experimentada que quería aparentar e, incluso así, fue incapaz de dejarla en paz hasta que, en un momento dado, sin saber de dónde, sacó la fuerza necesaria para conseguir detenerse.

Esa situación no podía repetirse.

En su dormitorio, Vega miraba al techo sin ver. Todavía estaba inmersa en el torbellino de sensaciones que habían despertado los expertos besos de Martin. Durante toda su vida se había considerado a sí misma una persona fría y sensata a pesar de su aspecto. Había tenido algunos novios, con los que había intercambiado besos y abrazos, sin pasar nunca de ahí, no por ningún reparo moral especial, sino por el simple hecho de que nunca le había tentado ir más allá.

Cuando sus amigas le contaban cómo habían perdido la cabeza por unos o por otros siempre pensaba que exageraban. La sociedad daba tanta importancia al sexo, que parecía que el que no pasaba las veinticuatro horas del día pensando en él era un bicho raro. Sin embargo, ahora comprendía el significado real de la expresión «perder la cabeza». ¡Dios mío!, si Martin no se hubiera detenido, se habría entregado a él esa misma noche, sin poner ningún tipo de obstáculo. Era como si sus besos hubieran anulado su voluntad por completo.

Decidió que no deseaba seguir viviendo bajo el mismo techo que Martin Grant. Su padre tendría que buscarle un nuevo escondite. Con este pensamiento en mente logró dormirse, aunque sus sueños se vieron poblados por imágenes turbadoras de Martin y ella.

A la mañana siguiente se despertó al sentir un pequeño rayo de sol acariciando su mejilla. No había visto muchos desde que se trasladara tan al norte. Se quedó quieta sintiendo su calidez, intentado no pensar en nada, hasta que una llamada a la puerta de su habitación la sacó de su arrobamiento.

Decidió no contestar y fingir que estaba dormida, pero el molesto individuo al otro lado volvió a llamar con insistencia. Temiendo que abriera y entrase en la habitación, decidió responder:

–¿Qué quieres?

–Quiero hablar contigo, Vega.

–Déjame en paz, no tenemos nada de qué hablar.

–Te espero abajo en media hora, si no subiré a buscarte.

«¡Maldita sea!» siseó la chica, dirigiéndose al baño a toda prisa; sabía que Grant no bromeaba.

Bajó las escaleras despacio, como una prisionera camino del cadalso. Martin estaba de pie, apoyado contra la repisa de la chimenea. Vestido con vaqueros y el cuello de una camisa de rayas asomando por su jersey azul, destilaba una elegancia que a Vega le parecía fuera de lugar en un mercenario. La observaba con sus fríos ojos grises, sin dejar traspasar ninguna emoción; a la joven le pareció increíble que se tratase del mismo hombre que la noche anterior la besara con arrebatadora pasión.

–Quiero pedirte disculpas.

La indiferencia de su voz la enfureció, pero trató de ocultar sus emociones refugiándose en un tono impertinente.

–Qué dramático te pones Martin, tampoco fue para tanto. No son necesarios los pésames...

Percibió de nuevo ese músculo latiendo en la comisura de su boca. Esa señal delatora era la única indicación de una emoción contenida. Le alegró saber que no estaba tan tranquilo como aparentaba.

–Me doy cuenta de que para ti no tiene importancia; ayer comprobé tu «inmensa» experiencia en este tipo de situaciones.

La forma de recalcar el adjetivo hizo que Vega enrojeciera hasta la raíz del cabello, lo que le hizo ponerse todavía más furiosa y aumentar sus ganas decirle algo que le hiriese.

–Bueno, puede que no te lo creas, pero no es la primera vez que me enfrento a una situación parecida, aunque debo reconocer –añadió condescendiente– que no besas del todo mal.

El cuerpo de Martin Grant pareció perder algo de su rigidez, cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con expresión divertida.

–Vaya, muchas gracias. Viniendo de ti es todo un cumplido.

–Sí, será mejor que lo atesores, porque no creo que vaya a decirte muchos más. Y ahora, ¿has acabado?

Martin se puso serio de nuevo y dio unos pasos hacia ella, extendiendo la mano.

–¡No se te ocurra volver a tocarme!

El hombre se detuvo en seco, contemplando las leves sombras oscuras bajo sus ojos, signos evidentes de que sus sueños no habían sido plácidos. Le disgustó ver el rastro de temor que asomaba a sus expresivos ojos y, una vez más, se sintió culpable.

–Vega –dijo con esa voz envolvente que la aturdió– sólo quiero que sepas que siento lo ocurrido. Reconozco que, por unos instantes, perdí el control, pero te prometo que no volverá a suceder. Puedes estar tranquila. Tu padre te dejó a mi cargo y no voy a traicionar su confianza. ¿Paz y amor? –preguntó con su irresistible sonrisa torcida, tendiéndole una mano.

La joven sintió que se sonrojaba una vez más; se estaba convirtiendo en una lamentable costumbre pero es que Martin Grant le provocaba unas emociones que escapaban a su control. En silencio, le estrechó la mano y le sonrió con calidez. Martin se quedó muy quieto, mirando sus labios fijamente, luego dio un paso atrás y la chica, aliviada, volvió a respirar con normalidad.

–Iré a dar un paseo con Oberon.

–Perfecto –asintió Martin– cuando vuelvas, tendrás esperándote una deliciosa comida.

–¡No puedo esperar! Me pregunto qué será: ¿estofado de lata o lasaña congelada?

Grant soltó una carcajada que acentuó las pequeñas arrugas que se formaban en las comisuras de sus ojos. Vega lo encontró tan atractivo que le dieron ganas de gritar.

–Se equivoca señorita De Carrizosa. Esta vez le prepararé la especialidad de los Grant: una esponjosa tortilla francesa, rellena de cosas misteriosas y deliciosas, cuyo secreto no revelaré ni aun cuando me sometan a terribles torturas.

–¡Dios mío!, se me hace la boca agua. No sé si podré soportarlo –contestó la chica riéndose también, mientras se ponía la cazadora–. Vamos, Oberon, será mejor que nos vayamos, no sea que descubramos ese enigmático secreto transmitido de generación en generación.

El perro lanzó un alegre ladrido y salió de la casa detrás de ella.

Una vez a solas, a Martin se le borró la sonrisa de los labios y se pasó la mano por la frente en un gesto de preocupación. Cumplir su palabra le iba a costar más de lo que había pensado, por un momento había tenido que contenerse y no besarla de nuevo... Esa chiquilla malcriada le estaba volviendo la cabeza del revés.

CAPÍTULO 6

Los días volvieron a su rutina. La tesis avanzaba viento en popa y, aunque apenas llegaban noticias significativas desde Madrid, el padre de Vega insistía en mantenerla escondida. Martin había hecho un par de viajes a Londres pero, a pesar de los ruegos de la chica, se había negado a llevarla con él. Esa oposición terminante le valió varios días de malas caras y silencios reconcentrados, a los que Grant no prestó la menor atención.

Vega entraba y salía con un grupo de jóvenes, entre los que se encontraba Adam, sin que Martin pusiera pegas. No podía decir que se aburriera, sus días estaban completos y trabajar en su tesis le aportaba una gran satisfacción.

Con respecto a Martin Grant, seguían reuniéndose para comer y ambos parecían disfrutar de su mutua compañía. Las comidas resultaban agradables y divertidas, sin embargo, bajo esa capa de aparente placidez, discurría una corriente de tensión permanente.

Martin había cumplido su promesa y no había vuelto a tocarla, pero Vega notaba que, en algunos momentos, entre ellos surgía una tirantez casi insoportable, aunque otras veces pensaba que sólo eran imaginaciones suyas. Grant seguía tan impasible como siempre y, a pesar de que a menudo lo sorprendía mirándola, de su expresión no podía deducirse que la observara con ningún interés especial.

Esa mañana, tras acabar de comer con él en amigable compañía, empezaron a recoger los cacharros. Vega acababa de fregar una cazuela y se volvió para coger un paño. Martin, que en ese momento metía los platos en el lavaplatos, chocó contra ella. Él la sujetó por los brazos y para Vega fue como recibir una descarga. El hormigueo de su piel persistió durante un buen rato después de que la hubiera soltado. Al finalizar la tarea, la electricidad acumulada en el ambiente amenazó con asfixiarla.

Dejó el libro que simulaba leer encima de la mesa, se puso la cazadora y salió de paseo con el móvil en la mano.

Durante las semanas transcurridas en la casita de piedra, había obedecido la orden de Martin de no ponerse en contacto telefónico con ninguno de sus amigos de Madrid. A pesar de que el intercambio de correos electrónicos era continuo, ese día experimentó una apremiante necesidad de escuchar una voz amiga.

Decidió que lo de Martin Grant rozaba la paranoia, así que marcó el número de Jaime Pedrosa. Durante unos meses, Jaime y ella habían sido muy amigos, quizá en algún momento él llegó a pensar que eran algo más, aunque ella nunca lo consideró así. Era cierto que no gozaba de buena reputación y quizá fue eso lo que le atrajo de él en un principio. Se apartaba un poco de los estándares de su predecible círculo de amigos, pero tampoco creía que fuera cierto lo que Martin dijo de él. Cuando le conocías un poco, Jaime era un muchacho tierno y divertido.

–¡Vega! ¿Eres tú de verdad? –escuchar una voz familiar hablando español, la reconfortó de manera inmediata.

–Jaime, qué alegría oírte de nuevo.

–¿Se puede saber dónde te has metido todos estos meses?

–Estoy haciendo un tour con algunas amigas del colegio por distintas capitales – respondió con vaguedad– les prometí que las acompañaría después del verano.

–Pues podías haber avisado.

–Ya sabes cómo soy, me gusta hacerme la interesante...

–Ja, ja. Tienes razón, siempre te ha gustado rodearte de un halo de misterio.

–¿Qué tal las cosas por Madrid? Cómo echo de menos el ambiente, la comida y, sobre todo, el tiempo. Esta ininterrumpida lluvia escocesa va a acabar con mis articulaciones.

«Mierda», pensó, mordiéndose el labio inferior, consciente de que acababa de meter la pata.

Jaime contestó a su pregunta con naturalidad, como si no se hubiera percatado de lo que acababa de decir.

–Te has perdido una de las mejores fiestas de la temporada, la de los Fernández de Andújar. Al final acabó todo el mundo en la piscina completamente vestido. Te hubieras reído un montón.

Siguieron hablando durante más de media hora, hasta que Vega no tuvo más remedio que despedirse.

–Adiós, Jaime, te echo de menos. Un beso.

Cuando colgó se preguntó preocupada si debería confesarle a Martin su pequeño desliz.

Después de pensarlo un rato, resolvió que no tenía importancia. Escocia era grande y quién iba a molestarse en averiguar que estaba refugiada en ese pueblo perdido. No le apetecía que Martin Grant se enterara de que había desobedecido sus órdenes, presentía que no iba encontrarlo gracioso.

«Ojos que no ven...», se dijo a sí misma, olvidándose del asunto.

Cuando volvió del paseo vio el coche de Adam aparcado delante de la casa.

–¡Hola, Vega! Tengo una gran noticia –anunció, mientras sus ojos se posaban en el rostro de la joven, enrojecido por el ejercicio, como una caricia.

Martin, repanchingado en el sofá, observaba la escena sin perder detalle.

–¡Hola, Adam! Qué sorpresa, no esperaba verte por aquí. ¿No habíamos quedado en el pub?

–Esta noticia no es de las que pueden esperar. Mi tío Alfred, ya sabes, el de la casona de piedra de la colina. Todos los años por estas fechas celebra una gran fiesta y estáis los dos invitados. Es un baile, y viene gente de toda la comarca e incluso desde Londres. Es uno de los eventos sociales más importantes de la temporada. Siempre resulta un gran éxito. ¡Tenéis que venir!

–Por supuesto, Adam, estaré encantada.

–No sé si es una buena idea –la voz de bajo de Martin llegó desde el sofá como un jarro de agua fría.

–¡Pues claro que lo es, Martin, no seas aguafiestas!

–Muchas gracias por la invitación Adam, pero Vega y yo tenemos que discutirlo a solas.

Su tono era tan razonable y calmado, que al muchacho no pareció sorprenderle el hecho de que una mujer de veintitrés años, hecha y derecha, tuviera que debatir con su tío si acudía o no a una fiesta.

–Está bien, os dejo para que lo habléis, pero de verdad, Vega, espero que puedas venir.

–Yo también lo espero. Gracias, Adam, te veo luego.

En cuanto se cerró la puerta detrás de su amigo, Vega se volvió hacia Martin con los ojos chispeantes.

–¿Se puede saber a qué ha venido eso?

–No me parece seguro que acudas a esa fiesta.

–¡Seguro! Por Dios, estás paranoico. ¿Qué puede pasar?

Aunque el semblante de Grant permanecía insondable, una vez más apareció el pulso delator a un lado de la boca. Sin embargo, su tono permaneció inalterado.

–Te recuerdo, a pesar de que tú sigues tomándote esta situación como si fuera una broma, que corres peligro de ser víctima de un secuestro a manos de la mafia internacional. Según tengo entendido, a esa fiesta acude mucha gente que quizá podría reconocerte, tu foto ha salido en numerosas ocasiones en revistas de la alta sociedad.

Vega hizo un ademán despectivo con la mano, descartando la idea.

–¡Bah! Eso sería demasiada coincidencia.

–Por favor, por favor, Martin –rogó, cambiando de táctica–. Será un cambio. Llevamos encerrados en esta casa casi dos meses. Bueno –puntualizó con rencor– tú has viajado a Londres todas las veces que te ha dado la gana, mientras que yo...

Le miró con ojos suplicantes.

–Sólo esta vez, Martin, por favor...

Contempló el bello rostro alzado hacia él, las manos con las palmas juntas en actitud implorante y, por una vez, Martin Grant cedió, a pesar de que en su fuero interno sabía que era un error.

–No tienes nada que ponerte...

Vega se dio cuenta de que había ganado y lanzando una carcajada se arrojó en sus brazos y le besó en la mejilla. Recordando que este hombre no era su padre, al que solía premiar de esa manera cuando sucumbía a sus caprichos. Se apartó a toda prisa, a pesar de que Martin no se había movido.

–Las mujeres siempre nos guardamos un as en la manga. Cuando salimos del hotel metí a toda prisa un vestido y unas sandalias en una bolsa. Estoy acostumbrada a los imprevistos y siempre voy preparada por lo que pueda ocurrir.

–Ya veo.

Martin apenas podía apartar la vista de la joven. Todo en ella reflejaba el deleite que experimentaba. Nunca había conocido a una persona capaz de transmitir sus emociones

con esa fuerza. Cuando estaba animada parecía iluminarse con un resplandor interior.

Notó que aún mantenía los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo y los puños apretados. Era todo lo que había podido hacer para contenerse y no estrecharla entre sus brazos y besarla hasta cortarle la respiración.

–Llamaré a Adam –anunció excitada.

–Adam, he logrado convencer a mi tío el cabezota –le guiñó un ojo a Martin, que escuchaba la conversación–. No me has dicho la fecha de la fiesta. ¡Pasado mañana! Caramba, tengo que hacer muchos preparativos. ¿De veras? –tapó el transmisor del teléfono para susurrarle a Martin–: Mi querido tío, ¿me permites que vaya mañana de compras a Edimburgo con Adam?

Él se encogió de hombros, no le gustaba la idea pero había dado su consentimiento para el baile –de lo que ya se estaba arrepintiendo– y no tenía sentido negarse. Vega interpretó su gesto como un sí.

–Perfecto, Adam. Será mejor que no salgamos esta noche, te aviso que ir de compras conmigo requiere un estado de forma óptimo. ¿A qué hora pasarás a recogerme?

– ...

–Genial.

Sonriente, se volvió hacia Martin.

–Esto requiere una celebración. Voy a prepararte una tortilla de patatas como no la vas a volver a probar en tu vida.

–¿Eso quiere decir que cuando acabe tu encierro, no volverás a invitarme a comer?

–Te prometo que cuando pases por Madrid, no tienes más que llamarme y correré a buscar mi delantal y mi libro de recetas –contestó alegre, mientras sacaba los ingredientes necesarios de la nevera.

La tortilla, acompañada de vino tinto, tomate en rodajas y una barra de pan que Martin había comprado por la mañana, resultó exquisita. Cuando, más tarde, recostados en el sofá frente a la chimenea saboreaban el resto del vino que quedaba en sus copas, Martin comentó:

–Cuando no estés, te echaré de menos. Me estás malacostumbrando con estos platos deliciosos.

–Qué cierto es el dicho de que a los hombres se les conquista por el estómago... –respondió Vega.

Adormilada por efecto del vino se arrebujó más en la manta.

– Quizá deberías ir pensando en casarte y tener una mujercita dócil a tu lado que te prepare ricas comiditas. No puedes pasarte el resto de tu vida como un lobo solitario, comiendo estofado de lata...

–¿Te estás proponiendo para el puesto?

Vega sentía sus ojos de plata líquida clavados en su rostro pero, por una vez, se encontraba relajada bajo su intenso escrutinio, mientras notaba que los párpados comenzaban a pesarle.

–¡No, por Dios! He dicho una mujercita dócil. Nosotros estaríamos todo el día

peleando, tú siempre quieres mandar.

Martin decidió no responder a su pequeña ofensa y permaneció observando las llamas en silencio.

El calorcillo del vino sumado al del fuego hizo que los músculos de Vega se aflojaran más y más, hasta que se quedó profundamente dormida.

Al percatarse Grant de que la joven se había dormido, sus facciones se relajaron recordando las tretas de la endemoniada muchacha para camelarlo y conseguir salirse con la suya. Lo único que se merecía esa niña mimada era alguien que se atreviera a darle unos buenos azotes como escarmiento; él mismo se hubiera encargado muy a gusto de la tarea, si no fuera porque se había enamorado de ella como un idiota.

«Soy un estúpido», se dijo.

Estaba loco por esa chica alegre y malcriada, para la que él, Martin Grant, significaba menos que el perro que descansaba a sus pies.

Por su vida habían desfilado muchas mujeres y ninguna había hecho que su pulso se acelerara ni la cuarta parte. Hacía años que había sacado la conclusión de que, aunque era un hombre con los apetitos normales de su sexo, su temperamento era frío y pragmático. Durante las últimas semanas, esas conclusiones saltaron por los aires y los pedazos se esparcieron en todas las direcciones. La necesidad de contener la pasión que le inundaba estaba poniendo a prueba toda su fuerza de voluntad.

Se pasó una mano por la frente para alejar esos pensamientos y se inclinó sobre la chica.

–Vega –susurró, sacudiendo su hombro con cuidado –despierta...

La chica se limitó a murmurar algo y se envolvió un poco más en la manta.

La cogió en sus brazos, subió con ella las empinadas escaleras y la depositó sobre el colchón sin que, a pesar del movimiento, la joven se despertara. Martin le quitó las botas y le aflojó el cinturón con cuidado de no despertarla. Después, la cubrió con las sábanas y se sentó a un lado de la cama.

Con suavidad, le apartó un mechón de suave pelo castaño de la mejilla y se inclinó para depositar un leve beso en sus labios. No estaba preparado para la puñalada de deseo que le atravesó de lado a lado. Con rapidez, se levantó y salió del dormitorio cerrando la puerta a sus espaldas.

CAPÍTULO 7

El día de compras en Edimburgo resultó todo un éxito. Vega adquirió un abrigo y unos cuantos pares de medias, un libro, algo de música y también, siguiendo un impulso, le compró a Martin un elegante jersey de cachemir. Adam y ella se reunieron más tarde con unos amigos de él para comer y el plan resultó muy divertido.

Cuando mucho más tarde regresaron a casa de Martin, Vega estaba cansada pero satisfecha.

–Hasta mañana Adam, nos vemos en la fiesta. Muchas gracias por todo, lo he pasado fenomenal.

Adam le dijo adiós agitando la mano. Desde la primera noche en que se despidió de ella con un beso, no había intentado besarla de nuevo.

Martin la esperaba con la cena lista. Con las mangas de la camisa, cuyo tono claro acentuaba lo tostado de su piel, arremangadas hasta el codo y un delantal cubriéndole los vaqueros, a Vega le pareció el hombre más irresistible del mundo.

–No puedes imaginarte todo lo que he comprado –declaró la chica, soltando de cualquier manera las numerosas bolsas encima del sofá–. Claro, después de llevar más de dos meses encerrada en este lugar, sin la posibilidad de visitar más tienda que el supermercado del pueblo, necesitaba unas cuantas cosas.

Se quitó el abrigo y lo tiró encima de todo lo demás.

–Esto es para ti –anunció, tendiéndole uno de los paquetes.

–¿Para mí? –sus labios dibujaron esa lenta sonrisa ladeada que siempre le provocaba un burbujeo en el estómago.

Vega observó sus largos dedos mientras abría el paquete, recordando cómo a ella también la habían tocado de esa manera delicada y concienzuda a la vez. Estremecida, sacudió la cabeza, tratando de pensar en otra cosa.

–¡Caramba, Vega, es muy bonito! Muchísimas gracias.

–¿En serio que te gusta? Creo que el tono te favorece –comentó acercándose a la cara.

Martin aprovechó su cercanía para sujetarla por los hombros.

–Creo que un regalo como este hay que agradecerlo como se merece.

Antes de que la joven pudiera reaccionar se inclinó, depositó un beso ligero en la comisura de su boca y se apartó en el acto, dejando a la chica con un intenso sentimiento de frustración.

Fingiendo que no pasaba nada, Vega continuó charlando muy animada durante la cena y, en cuanto terminaron, subió a su cuarto tras darle las buenas noches a Martin.

Tumbada en la cama, recordó la impresión que esa mañana le había causado encontrarse vestida bajo las sábanas.

«Bueno», se dijo, «mucho mejor que si le hubiera dado por desnudarme, ¿no?».

Sólo de pensarlo, una oleada de sangre caliente invadió su rostro. La había subido en brazos hasta su cuarto, lástima que ella, dormida como estaba, ni siquiera se dio cuenta.

Debía reconocer que le parecía un desperdicio haber dejado pasar la ocasión de sentirse de nuevo entre los brazos de Martin. No estaría enamorándose, ¿verdad?

Tonterías, sólo era la novedad. Martin Grant era un poco mayor que los chicos que acostumbraba a tratar, su trabajo resultaba misterioso y, además, le encantaba ese cuerpo alto y delgado y su cara de rasgos poderosos. Nunca nadie le había atraído tanto físicamente y, eso en sí, también resultaba toda una novedad.

«Si he de quedarme aquí durante meses, un ligero coqueteo hará el paso del tiempo más llevadero» reflexionó.

Sin embargo, no era tonta y conocía el dicho que hablaba de los que jugaban con fuego...

Vega se arregló con esmero para el baile. Se recogió su melena recién lavada en un moño alto del que escapaban unas suaves ondas que caían a ambos lados de su cara. Su largo vestido de gasa, en tonos claros, parecía acompañar el más mínimo de sus movimientos, produciendo un efecto etéreo.

Podría haberse tratado de una ninfa de los bosques, si las chispas alegres y maliciosas que brotaban de sus ojos dorados no la hicieran asemejarse más bien a un duendecillo travieso. Destapó un recargado frasco de cristal y se echó unas gotas de perfume en las muñecas y detrás de las orejas.

–¡El toque final! –exclamó frente al espejo, más que complacida con el reflejo que éste le devolvía.

Se asomó a las estrechas escaleras de la casita.

–¡Martin!

–Dime, Vega.

–Espérame al pie de las escaleras y prepárate –ordenó– voy a hacer una entrada triunfal.

Grant obedeció al instante y, de pie frente a las escaleras, observó como descendía de forma teatral.

–¡Bravo! –aplaudió.

–¿Me permite, señorita? –se acercó a la chica y, cogiendo su mano derecha entre las suyas, se inclinó con elegancia posando sus labios sobre el dorso, como un caballero de tiempos pasados–. Está usted bellísima, presiento que esta noche se convertirá en la reina del baile.

Con una risa nerviosa, Vega se desasíó con suavidad.

–Muchas gracias, caballero –su mirada recorrió la figura de Martin Grant y exclamó–. Caramba, Martin, no te había visto bien. ¡Estás guapísimo!

En efecto, el smoking negro se adaptaba a su alta figura a la perfección y la camisa de un blanco immaculado resaltaba sus atractivos rasgos, tan masculinos. Su aspecto era tan distinguido que Vega no pudo evitar un suspiro; parecía el perfecto príncipe azul, el sueño de cualquier muchacha romántica.

–¿Nos vamos?

–Espera, llevas la pajarita un poco torcida –sin más le deshizo el lazo de seda y, con habilidad, la anudó de nuevo.

Para Martin el ligero roce de esos dedos suaves en su cuello era una tortura de la que no sabía si deseaba escapar. Tratando de tranquilizarse un poco, siguió conversando:

–Pareces muy experta en este tipo de corbatas.

–Lo soy, siempre me encargo de anudar la de mi padre cuando va a alguna fiesta. Ya está –terminó dando un leve tirón para que quedara completamente recta–. Perfecta –afirmó, satisfecha, admirando su obra–. Ya podemos irnos.

Martin la ayudó a ponerse su abrigo nuevo. Él cogió el suyo y se lo colgó del brazo. Al llegar al coche Grant, galante, le abrió la puerta.

La noche era fría y tranquila; la lluvia por una vez les daba un respiro. No les llevó más de media hora llegar a la fiesta. La avenida flanqueada de árboles que conducía a la mansión estaba iluminada con hileras de antorchas señalando el camino; el lugar parecía salido de un cuento de hadas.

Ya había numerosos coches aparcados en ordenadas líneas sobre la ancha explanada situada a un lado de la casa.

Subieron la escalinata de piedra y fueron recibidos en la puerta por el anfitrión. Martin hizo las presentaciones y Vega, efusiva, le dio las gracias por la invitación.

–El gusto es mío, señorita Grant. Adam me había hablado de su belleza y he de confesar que no exageré lo más mínimo.

Vega agradeció sus palabras con una sonrisa y penetró en el enorme hall alumbrado también por cientos de velas y candelabros y adornado con hermosas flores. Se sentía encantada de hacer su entrada apoyada en el brazo del hombre más apuesto de la reunión, pero su alegría duró poco. Apenas le había dado tiempo para asimilar el esplendor de la decoración cuando Kate, seguida de cerca por Adam, se acercó a ellos.

–Ven, querido –le ordenó a Martin, sin dirigir más que una fría sonrisa a Vega– quiero presentarte a unas personas.

Pesarosa, la chica soltó el brazo de su acompañante, pero siguiendo un impulso repentino, le dijo:

–Martin, recuerda que me prometiste bailar al menos una de las piezas conmigo.

–Por supuesto que no se me ha olvidado, Vega –contestó muy serio, siguiéndole el juego– tienes que reservarme el vals.

–Martin, querido, siempre dices que tú no bailas.

–Hoy es una ocasión especial, Kate, es como si asistiera a la puesta de largo de mi sobrina.

Martin consiguió guiñarle un ojo a Vega sin que Kate ni Adam se dieran cuenta y la sensación de felicidad que la embargara hasta la aparición de la pelirroja regresó.

A pesar de todo, disfrutó mucho de la fiesta. El ambiente era majestuoso, la comida deliciosa y, entre los invitados, había un montón de amigos de Adam que enseguida la rodearon, impidiendo así que él la monopolizara. Bailó hasta que le dolieron los pies. De

vez en cuando veía pasar a Martin Grant, que se detenía a hablar con unos y con otros. Kate nunca se alejaba mucho de él. Vega se sentía eufórica, sobre todo cuando percibía las pupilas de Martin clavadas en ella, lo que ocurría a menudo, pese a que, como de costumbre, era incapaz de adivinar lo que esos ojos acerados ocultaban.

En un momento de la noche, Grant se acercó a ella y, con una inclinación de cabeza, solicitó:

–Madame, creo que este es nuestro baile.

Las primeras notas de un alegre vals comenzaron a sonar. Martin apretó la mano derecha de la chica con su izquierda y apoyó la otra detrás de su cintura. Ella posó su mano libre sobre su hombro y comenzaron a deslizarse por la pista de baile, girando a una velocidad vertiginosa, envueltos por la maravillosa música de Strauss. Lo último que esperaba Vega era que Martin supiera bailar el vals, pero debía reconocer que era un magnífico bailarín que la guiaba sin aparente esfuerzo.

Vega aspiró una vez más su familiar aroma a ropa limpia y a champú; podía percibir el calor de su cuerpo a pesar de que no la estrechaba más cerca de lo correcto. Las luces del amplio salón y las caras a su alrededor se volvieron borrosas y sólo fue consciente de los ojos de plata de su pareja, sumergiéndose en los suyos dorados.

Formaban una pareja espectacular, él alto y distinguido, enfundado en su smoking negro y su camisa de un blanco deslumbrante y ella grácil y delicada como un cisne, con su vaporoso vestido flotando en torno a ella como un jirón de niebla.

–Bailas muy bien –afirmó Martin sin dejar vislumbrar el placer que le producía tenerla entre sus brazos, sintiendo la ligereza de su cuerpo esbelto adaptándose al menor de sus movimientos.

–Tú sí que bailas bien, Martin, me has sorprendido. No es lo que esperaba de un mercenario.

–Pensabas que sólo sería capaz de sacarle brillo a mi fusil...

–Y también a ese cuchillo que todos los mercenarios lleváis oculto bajo la pernera del pantalón, por supuesto –bromeó Vega, que parecía irradiar luz.

–Sí, reconozco que me molesta bastante al bailar –respondió Martin con buen humor.

Continuaron bailando en silencio, dedicando todos sus sentidos a disfrutar de ese momento mágico, pero el encanto acabó demasiado pronto, cuando las últimas notas de los violines se diluyeron en el aire. Por unos instantes permanecieron quietos en la pista, todavía con las manos entrelazadas, devorándose con los ojos.

–¡Vega! –una voz los devolvió bruscamente a la realidad.

–¡Jaime!

–¡Caramba, qué estupenda coincidencia!

–¿Qué haces aquí?

–Llegué ayer a Escocia; vine para la caza del urogallo. Me alojo en casa de unos amigos que esta noche estaban invitados a la fiesta. ¡Qué maravilla encontrarte aquí! – declaró Jaime rodeando sus hombros con un brazo y besándola en ambas mejillas. Vega se quedó sin saber qué decir y miró a Martin, que lo observaba todo impassible, salvo por el

pequeño temblor de ese músculo que Vega ya identificaba como su termómetro emocional.

–Vega ha estado unos días de visita, somos una rama lejana de la familia –intervino Martín– pero tiene pensado abandonarnos en breve, unos compromisos la reclaman en otra ciudad.

–Lástima, yo también me iré la semana que viene. Debemos aprovechar esta noche, ¿eh, Vega? –declaró, dándole un nuevo achuchón.

La chica se limitó a sonreírle y casi se alegró al ver que Kate se acercara hacia ellos.

–Caramba, Martín. Qué lástima que ya no vayan a tocar más valsos esta noche. Tienes que prometerme que el año que viene lo bailarás conmigo.

La mujer se colgó del brazo de Martín, dispuesta a no dejarlo escapar durante el resto de la velada.

–Vamos, Vega, bebamos algo y divirtámonos. Tú y yo tenemos muchas cosas que contarnos.

Jaime deslizó su brazo por la cintura de la chica, conduciéndola hacia el salón donde habían instalado la barra.

Martín apretó con fuerza la mano que mantenía oculta dentro del bolsillo del pantalón, mientras los veía alejarse.

Vega descartó que la presencia de Jaime Pedrosa en Escocia estuviera relacionada con la llamada telefónica que mantuvieron días atrás. Aunque pesada por la interrupción, decidió que ya habría otra oportunidad de bailar con Martín. Un corrillo de admiradores se formaba a su alrededor cada vez que abandonaba la pista de baile solicitándole otro más, por lo que al fin, cansada y muy acalorada, permitió que Jaime la acompañara al jardín a tomar un poco el aire. La joven recogió su abrigo del guardarropa y se lo echó sobre los hombros. El aire helado de la noche despejó su cabeza.

Jaime caminaba a su lado, tambaleándose un poco; daba la sensación de haber bebido demasiado.

Caminaron hasta unos árboles que quedaban un poco más allá de la zona iluminada por las luces de la mansión.

–¡Vega! –exclamó Jaime, con lengua estropajosa–. Deberíamos fugarnos esta noche.

–Creo que has bebido más de la cuenta.

–¡Te estoy hablando en serio, Vega, te quiero!

–Será mejor que volvamos adentro.

–¡No iremos a ninguna parte! –profirió violento, sujetando sus brazos con fuerza.

–¡Jaime, suéltame ahora mismo, me estás haciendo daño!

–Me debes una, Vega, por largarte de Madrid sin decirme a dónde ibas. Me convertiste en el hazmerreír de todos. Un novio que no tiene ni idea de dónde demonios está su chica.

–Basta, Jaime. Nunca hemos sido novios y si no me sueltas ahora mismo dejaremos

de ser amigos– amenazó la joven, tratando de conservar la calma.

–No deberías jugar conmigo, te arrepentirás –aplastó su boca contra la de ella en un beso que le hizo daño. Vega se resistió con fuerza, tratando de soltarse, pero a pesar de estar borracho, Jaime era mucho más fuerte que ella. Empezaba a faltarle el aire cuando una mano de hierro apartó al muchacho con tanta fuerza que cayó despatarrado sobre el césped húmedo.

–Me las pagarás –gritó Jaime abalanzándose sobre su atacante, embistiendo con la cabeza gacha como un toro.

Fascinada, Vega observó cómo Martín, con un suave y elegante movimiento, lanzaba al chico de nuevo sobre la hierba. Luego se inclinó sobre él y, agarrándole por las solapas de la chaqueta, lo levantó hasta que las puntas de sus pies apenas rozaban el suelo.

–Desaparece y que no te vuelva a ver rondando cerca de Vega –le ordenó Martín en un tono apacible que hizo estremecer a la chica. Le soltó de un empujón y Jaime se escabulló lo más aprisa que pudo.

–Gracias, Martín, yo...

–¡No quiero que me des las gracias! –la interrumpió enfadado–. Lo que quiero es que me digas a quién más le has dicho dónde estabas.

–Te juro, Martín, que no se lo he dicho a nadie. Sólo lo llamé una vez y se me escapó que estaba harta de la lluvia escocesa...

–¿Lo llamaste por teléfono? ¿No te prohibí que te pusieras en contacto telefónico con tus amigos?

–Sí, pero yo...

–Querías hablar con tu novio, claro.

–No es mi novio, nunca lo ha sido.

–Por eso salía besándote en esas fotos, por eso ha estado ahora a punto de devorarte.

Vega se sintió herida y enfadada; primero Jaime y ahora Martín, tratándola como si fuera una cualquiera que iba provocando a todos los hombres. Y se refugió en su tono más descarado.

–Te recuerdo que tú también me besaste. ¿Acaso debo considerarte mi novio?

Sin saber cómo, Vega se encontró aplastada contra el grueso tronco de un roble. Por primera vez los ojos de Martín dejaron de ser impenetrables y una cólera salvaje brilló en sus pupilas. Apoyó una mano en el árbol, cerca de su cabeza y se inclinó hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la de ella.

–¿No te das cuenta de que ya estás localizada? De nuevo te encuentras en el punto de mira.

Ahora habrá que buscarte un nuevo escondite. La niña mimada y coqueta nunca se para a pensar ¿verdad?, simplemente hace lo que le apetece, aunque eso signifique poner a los demás y a sí misma en peligro.

Vega temblaba como una hoja y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

–Ahora lágrimas, ¿vas a utilizar todos tus trucos?

Sin embargo, su llanto distaba mucho de ser fingido. Los sollozos sacudían el cuerpo de la joven con fuerza y Martin Grant se sintió culpable e injusto. Al ver a la joven forcejeando con el tipo aquel estuvo a punto de perder la cabeza. Necesitó echar mano de todo su autocontrol para no darle una paliza. Pero sabía que ella no era culpable. La había estado observando toda la noche y ni por un segundo la descubrió coqueteando con nadie; era su vitalidad, su forma de disfrutar apasionadamente de cada momento, irradiando un resplandor hechicero a su alrededor, lo que hacía que los hombres revolotearan en torno a ella, como abejas alrededor de la miel.

Sacó un pañuelo y con una dulzura inesperada en esas manos que poco antes fueran tan agresivas, le secó las mejillas. Después, la tomó entre sus brazos, acariciándole la nuca, al tiempo que le susurraba en el oído:

–Tranquila, tranquila.

Transcurrieron varios minutos hasta que los sollozos de Vega se convirtieron en suspiros aislados. La chica se encontraba muy a gusto, apoyada en ese sólido pecho, escuchando los firmes latidos de su corazón.

–Espérame aquí –ordenó Martin, apartándola con delicadeza. –Me despediré de tu parte. Diré que te has sentido indispuesta y que debo llevarte a casa. ¿Tienes frío?

–No, estoy bien.

–Enseguida vuelvo.

Pocos minutos más tarde se encontraban en el coche. Vega iba con la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados. Martin sabía que no estaba dormida, pero no hizo ningún intento de romper el silencio. Cuando llegaron por fin, la chica murmuró un «buenas noches» con los ojos clavados en el suelo y se refugió en su dormitorio.

CAPÍTULO 8

Vega se despertó muy tarde al día siguiente. Al bajar al salón, encontró una nota de Martin, explicando que había tenido que salir a hacer unas gestiones, y que ya hablarían cuando regresara. La chica se preparó un buen desayuno; trasnochar le daba hambre. Después de dar cuenta del último pedazo de pan tostado, decidió salir a dar un paseo. Miró por la ventana; a pesar de que no llovía, el cielo era como una inmensa laja de pizarra, pesado y gris, así que se abrigó bien y le dejó otra nota a Grant, indicándole que daría un paseo a lo largo del río.

–¡Vamos, Oberon!

El perro meneó el rabo encantado y con un alegre ladrido, la siguió al exterior. En efecto, el día era desapacible, soplaban un viento gélido que clavaba pequeñas agujas heladas en su rostro. A Vega no le importó, lo destemplado del tiempo iba en consonancia con su tumulto interior.

Echó a andar con las manos en los bolsillos. El ejercicio parecía aliviar su confusión mental, así que caminó a buen ritmo durante mucho tiempo, sin apenas fijarse en el espeso bosque que la rodeaba.

No paraba de dar vueltas a los acontecimientos de la noche anterior. Comprendía que ella misma se había puesto en la situación en la que ahora se encontraba. Por su propia estupidez, tendría que abandonar esa casa que durante varios meses había sido su refugio y, lo que era peor, se vería obligada a alejarse de Martin.

Al pensar en ello, un dolor casi físico le atravesó el pecho. Habían tenido que ocurrir los incidentes de la víspera para que ella, por primera vez, se enfrentase cara a cara con sus sentimientos y reconociera al fin la verdad: estaba locamente enamorada de Martin Grant. Puede que ese sentimiento fuera una emoción pasajera o, tal vez, algo que perduraría eterno en el tiempo, no lo sabía; lo único que tenía claro era que nunca había sentido ese deseo desbocado de estar con una persona, de besarle y que la besara, de fundirse con ella. Cada vez que lo veía, tenía que hacer esfuerzos sobre humanos para no lanzarse en sus brazos y pedirle que la abrazara fuerte, fuerte.

Pero estaba claro que Martin sólo la veía como una niña malcriada, que no le daba más que problemas. Ciertamente parecía desearla tanto como ella a él, pero eso en un hombre no quería decir nada. Llevaban semanas viviendo en la misma casa, los dos solos. El tipo de situación que, antes o después, puede provocar una reacción explosiva en cualquier hombre con un poco de sangre caliente en las venas. No, no se hacía ilusiones;

Para Martin tan sólo era una misión más, que debía llevar a buen puerto.

Siguió caminando hasta que le pareció que los músculos y tendones de sus piernas estaban a punto de romperse. Una roca colosal al borde del río, como un mirador estratégicamente colocado por la naturaleza, invitaba a sentarse. La piedra estaba helada. No podría detenerse ahí mucho tiempo, se estaba haciendo tarde y el frío comenzaba a traspasar sus ropas. Contempló el agua transparente, llena de guijarros pulidos por la corriente. Oberon saltaba feliz entre las rocas, salpicándose con el agua. En un momento dado vio un salmón y decidió pescarlo. Vega no se preocupó; los labradores eran buenos nadadores. Estuvo un rato observando sus juguetes, divertida, hasta que el perro

comenzó a aullar al borde del pánico. La chica se dio cuenta de que algo le impedía salir. Su cabeza desaparecía de vez en cuando bajo las aguas y comprendió que el collar debía de haberse enganchado en algún sitio.

No le quedaba más remedio que meterse en el río para liberarlo. El peligro de ahogarse era inexistente, pues el agua, aunque la corriente era fuerte, no cubría más arriba de su muslo.

–¡Mierda! –masculló, en cuanto introdujo una de sus piernas en el cauce helado. Era difícil caminar sobre las piedras que formaban el lecho del río; más de una vez estuvo a punto de torcerse el tobillo y, justo antes de llegar al lugar donde Oberon se debatía, cada vez más asustado, resbaló y se hundió hasta el cuello.

–¡Mierda y mierda! –gritó. Llegó al lado del perro y desenredó su collar de la rama que lo tenía atrapado. Le costó un rato; sus dedos estaban casi congelados. Al fin consiguieron alcanzar la orilla.

Por un momento, deseó ser Oberon y poder sacudirse la humedad como un perro. La ropa chorreante se le pegaba al cuerpo y a cada paso que daba, el agua que había entrado en sus botas hacía un sonido peculiar.

–¡Vega!

La voz de Martin pareció surgir de la nada.

–¡Martin! –un profundo alivio la embargó.

–¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? –preguntó iracundo, acercándose a ella con sus largas zancadas.

–Pues, ya ves, tomando un bañito, que es lo que apetece en un día como este –respondió Vega, sarcástica, sin poder evitar que los dientes le castañetearan.

Al ver que sus labios empezaban a tomar un tono azulado, Martin contuvo su enfado.

–No puedes volver andando así de mojada hasta la casa, cogerás una pulmonía –miró a su alrededor, las nubes se tornaban cada vez más oscuras y amenazadoras.

–Pronto se hará de noche y el viento arrecia. Cerca de aquí hay un pequeño refugio de cazadores, será mejor que pasemos allí la noche.

A Vega, el plan le pareció perfecto. No sabía si sería capaz de llegar muy lejos con los violentos temblores que empezaban a sacudir su cuerpo.

–Vamos, no queda lejos.

En efecto, apenas un kilómetro más adelante, la chica distinguió la silueta de lo que parecía una pequeña cabaña. La embargó un profundo alivio. La puerta no estaba cerrada con llave y, al entrar, un leve olor a humedad y a cerrado les recibió.

–Al parecer hace tiempo que no viene nadie por aquí –comentó Martin mientras, sin perder ni un minuto, empezaba a encender el fuego. Gracias a Dios, había una buena provisión de troncos cortados y secos. En seguida, unas alegres llamaradas comenzaron a chisporrotear en la chimenea y Vega, aterida, corrió hacia la acogedora lumbre.

–Tienes que deshacerte de esas ropas empapadas cuanto antes –ordenó Martin, quitándose la cazadora; luego se sacó por la cabeza el grueso jersey de lana azul marino que llevaba y, cubierto tan sólo por una camiseta, se lo tendió. Vega alargó las manos para cogerlo, pero estaban tan rígidas por el frío, que el jersey resbaló entre sus dedos y cayó al suelo.

–Te ayudaré –dijo Martin acercándose.

–No, no hace fal...

–No seas tonta, no es la primera vez que veo una mujer desnuda –la interrumpió secamente.

Sin prestarle atención, Martin empezó a desabrochar los botones de su cazadora, luego le quitó el suéter empapado y la camisa que llevaba debajo. La joven se ruborizó hasta las orejas, pero no dijo nada. Después le introdujo el cuello de su inmenso jersey por la cabeza y, bajandoselo un poco, procedió a desabrochar el cierre de su sujetador. El gesto, tan íntimo, le provocó a Vega un nuevo escalofrío que por fortuna pasó desapercibido entre el resto. La ayudó a meter los brazos dentro de las mangas y prosiguió desabrochando la hebilla de su cinturón y los botones de sus vaqueros.

La chica pensó que moriría de mortificación, pero Martin lo hacía todo con tanta diligencia y naturalidad, que acabó por tranquilizarse. La hizo ponerse en pie para estirarle el jersey, que le llegaba por encima de las rodillas. A continuación, introdujo sus manos por debajo y la ayudó a quitarse los pantalones y las bragas. Por último, le sacó los calcetines.

–Toma –le dijo tendiéndole una de las mantas que encontró en un pequeño arcón–. Sécate con esto.

Con dedos torpes, la joven empezó a secarse las piernas. Entretanto, Martin no permaneció ocioso. Cogió una cazuela abollada y un par de cuencos que encontró en un estante, se puso la cazadora y salió afuera. Se agachó en la orilla del río y procedió a lavar los cacharros con un puñado de arena mojada. Después, los aclaró, llenó la olla de agua, volvió a la cabaña y la colgó de un gancho que había sobre el fuego, para que hirviera.

–He encontrado un par de sobres de sopa instantánea, es lo único que hay de comer –anunció.

Vega no contestó; se limitó a observar cómo lo organizaba todo con esa precisión y competencia que le caracterizaba. Desde luego, cualquier mujer se sentiría segura y protegida al lado de un hombre como ese. No sabía qué hubiera sido de ella si él no hubiera aparecido de repente.

Martin echó otro tronco en la chimenea y, cuando el agua empezó a hervir, vació los sobres en la cazuela. Agarró la manta con la que Vega se había secado y comenzó a quitarle la humedad del cabello. El calor del fuego y el vigoroso masaje hicieron que la chica comenzara a reaccionar.

–Muchas gracias –murmuró, cuando Martin dejó a un lado la manta húmeda. Pero todavía no había terminado; extendió las prendas de Vega lo mejor que pudo para que fueran secándose y después vertió la sopa en los tazones y le ofreció uno a la joven.

A Vega le pareció que era el manjar más exquisito que había probado en su vida.

Martin se sentó al otro lado del fuego cruzando las piernas; con su tazón en las manos observó la expresión de deleite de la chica mientras daba pequeños sorbos. Cuando terminó, Vega le tendió de nuevo el tazón para que se lo rellenara. Por fin, satisfecha, apartó a un lado la taza vacía y se quedó quieta contemplando las llamas.

Era curioso, pensó Martin Grant, cómo, en cualquier circunstancia, la joven se las arreglaba para estar preciosa. El cuello alto del jersey enmarcaba su cara como si fuera una flor; su melena, que comenzaba a secarse, parecía más clara en contraste con el tono oscuro de la prenda. Las mangas le quedaban tan largas que había tenido que enrollar los puños varias veces. Con los brazos rodeando sus piernas desnudas, de un delicioso tono dorado y su barbilla apoyada sobre las rodillas, parecía una niña con el jersey de papá, pero la forma en que hervía el cuerpo de Grant al contemplarla no tenía nada de paternal.

Sólo de pensar en pasar la noche a solas con ella en ese pequeño refugio, lejos de todo, le aceleraba el pulso. Sacudió la cabeza, furioso. Esos pensamientos tenían que terminar; la chica estaba bajo su responsabilidad y no iba a permitirse olvidarlo.

Vega no era consciente de lo que pasaba por la cabeza del hombre que se sentaba frente a ella.

Pero tenerlo ahí, al alcance de su brazo, con esa sencilla camiseta blanca que resaltaba sus músculos y el reflejo de las llamas brillando en su pelo, la hacía sentirse como una adolescente impresionable derritiéndose por su ídolo. Decidió disfrutar al máximo de la situación; dentro de poco no le quedaría más remedio que alejarse para siempre de su lado.

–La sopa estaba deliciosa –comentó la chica.

–Las comidas de sobre, lata o envase no tienen secretos para mí. Ya sabes que son mi especialidad –bromeó Martin, tratando de relajar el ambiente.

–Sí, ya lo sé – apretó un poco más los brazos alrededor de sus piernas.

–De nuevo te doy las gracias. Si no hubieras aparecido tan a tiempo, creo que me habría congelado.

–Al llegar a casa vi tu nota y me preocupé. Tu paradero ya no es un secreto y eso me hizo temer por ti, así que decidí salir a buscarte.

–Y llegaste justo a tiempo, como el héroe de un libro de caballerías.

–Cuando me meto en un papel, trato de hacerlo lo mejor posible –comentó con fingida modestia.

La joven sonrió, encantada de que se le hubiera pasado el enfado.

–Oberon se quedó enganchado en una rama cuando trataba de pescar un salmón –el perro, que estaba tendido cerca del fuego, alzó las orejas al oír su nombre–. No me quedó más remedio que ir a liberarlo.

–Perdona que te haya gritado, me doy cuenta de que no tuviste la culpa.

–Por supuesto que te perdono, no puedes imaginar el alivio que sentí al verte.

El hombre desvió la vista de ella y la dirigió a las llamas.

–Vega –comenzó vacilante–, tenemos que hablar del futuro.

–Lo sé –admitió la chica en voz baja, a pesar de que era lo último que deseaba.

–Ya no es seguro que te quedes aquí.

–Pero ¿qué importancia puede tener que Jaime me haya encontrado? ¿A quién se lo va a contar?

–Eso no importa. Alguien te ha encontrado y debes desaparecer otra vez –repuso Martin, de nuevo impasible.

–¿A dónde iré? ¡No voy a estar toda la vida escondiéndome, es ridículo! –gritó la chica, indignada.

Martin no movió un músculo ante su estallido de furia; su frialdad, su evidente falta de interés por retenerla, hizo que por unos momentos la chica lo odiara.

–Pensándolo bien, quizá es mejor que cambie de aires –declaró con el tono insolente en el que se refugiaba cuando se sentía herida–. La verdad es que comenzaba a aburrirme.

–Me alegro de que te lo tomes con tanta deportividad –respondió Martin con ironía, ganándose una mirada que, si hubiera sido una bala, le habría liquidado en el acto–. Esta mañana he hecho unas gestiones y te he encontrado un nuevo refugio. Pasado mañana volverás a España en avión. Hay un cortijo en Córdoba listo para convertirse en tu nuevo escondite.

–¡Qué eficiencia! –comentó irritada–. ¿Y tú?

–Yo permaneceré por aquí, borrando huellas...

La joven no quiso preguntar a qué se refería exactamente.

–Quiero despedirme de la gente.

–Mañana dispondrás de todo el día para hacerlo, no tienes mucho equipaje del que ocuparte.

–Ja, ja, qué gracioso –el tono desabrido de la chica indicaba lo contrario.

–Venga, Vega, no me irás a confesar ahora que me vas a echar de menos... –se burló, exhibiendo su odiosa sonrisa enloquecedora.

–Por supuesto que no lo haré. Durante el tiempo en el que nos hemos visto obligados a vivir bajo el mismo techo, he descubierto que eres un tipo mandón, sobre protector, acostumbrado a salirte siempre con la tuya y ni siquiera... ni siquiera sabes cocinar.

–Tienes toda la razón. Yo en cambio reconozco que me has sorprendido gratamente. Pensaba que eras una niña mimada, cabeza de chorlito, preocupada sólo de trapos y fiestas y he descubierto que eres divertida, inteligente, encantadora y, sobre todo, que guisas de maravilla. Puedo asegurarte que yo sí que te voy a echar de menos.

La joven se puso como un tomate y no supo qué responder. Ese hombre insoportable siempre la hacía quedar como una tonta.

–Ya sabes, siempre puedes seguir mi consejo y casarte. Creo que Kate está deseando que se lo pidas. Haréis una pareja perfecta, el déspota y la tirana. Un encantador cuento de hadas –dijo al fin, rabiosa.

Martin echó la cabeza hacia atrás y, por primera vez, lo vio reírse con ganas. La irritó hasta el infinito encontrarle tan insoportablemente atractivo. Exasperada, decidió que era hora de acabar con esa estúpida conversación.

–Me alegra parecerte tan graciosa –declaró muy digna –pero, si no te importa, estoy cansada y me gustaría dormir un rato.

Grant se levantó, sacó todas las mantas que encontró en el arcón de madera y las extendió frente a la chimenea, acondicionando una especie de cama rudimentaria.

–Bueno –exclamó satisfecho, contemplando su obra– ¡he dormido en sitios peores! Al menos las mantas están secas y limpias.

–¡No pretenderás que nos acostemos ahí los dos!

–Espero que con el frío que hace, no me obligues a dormir lejos del fuego. Mira, cada cual se envolverá en una manta y así tu virtud se mantendrá a salvo, oh, pudorosa damisela.

–No pienso dormir ahí contigo –declaró Vega, furiosa.

–Pues elige el rincón de la cabaña en el que prefieras hacerlo.

Martin, se enrolló en su manta y se tendió todo lo largo que era frente al fuego.

–Echaré unos leños. Ahora se está bien, pero a medida que avance la noche, la temperatura descenderá más y más.

La joven lo miró indignada. En cuanto se alejó del fuego comprobó que, como había dicho Martin, el ambiente era mucho más frío. Sin decir nada, se cubrió con la manta que quedaba y se tumbó de espaldas al insolente individuo que seguramente estaba riéndose de ella, teniendo mucho cuidado de no rozarlo.

Sólo de pensar en que Martin Grant iba a dormir a escasa distancia de ella, se le aceleraba la respiración. Tras casi una hora de tensión, atenta al más mínimo sonido o movimiento a su espalda, el sueño comenzó apoderarse de ella y, por último, la venció.

La respiración de la chica se hizo más regular y Martin Grant supo al instante que, al fin, se había quedado dormida. Jamás había estado sometido a una tortura semejante. La joven a la que deseaba más que a nada en el mundo yacía a pocos centímetros de sus manos y no podía hacerla suya.

Un gemido escapó de su garganta y apretó los dientes, tratando de doblegar sus pasiones. Cuando estuvo seguro de que sería capaz de dominarse, extendió la mano y sus dedos se enredaron en los sedosos mechones castaños.

Acariciándolos, se quedó dormido.

CAPÍTULO 9

Cuando Vega se despertó, en la chimenea ya sólo quedaban los rescoldos. A pesar del gélido aire del interior de la cabaña, no tenía frío, se encontraba acurrucada junto a un cálido cuerpo, compartiendo el calor que emanaba de él. De golpe recordó que era el cuerpo de Martin Grant el que la hacía sentirse tan a gusto. Se quedó muy quieta, escuchando la respiración tranquila y uniforme del hombre, que todavía seguía dormido. Seguramente, al estar su espalda lejos del fuego, en algún momento de la noche sintió frío y se apretó contra ella.

A la leve claridad que entraba por el único ventanuco de la decrepita construcción de madera, distinguió sus facciones relajadas. Procurando no despertarle, deslizó las yemas de sus dedos, con la ligereza de las alas de una mariposa, por los angulosos rasgos de su cara, deteniéndose sobre esos labios, ni muy delgados ni excesivamente gruesos, que tanto le gustaban. Sus dedos indiscretos no se detuvieron ahí; continuaron su recorrido por la mandíbula cuadrada que expresaba una firme determinación, luego palparon su barbilla y su cuello, y recorrieron el amplio pecho, mientras Vega, fascinada, percibía los duros músculos bajo sus palmas.

De repente, un sexto sentido la hizo mirar hacia arriba y vio a Martin completamente despierto, con sus ojos entornados fijos en sus labios. Sus rostros estaban a la misma altura y, por una vez, descifró la pasión desnuda que asomaba en su mirada. Sobresaltada, trató de apartarse, pero las manos de Martin enmarcaron su rostro, deteniéndola.

Con suavidad, se inclinó hacia ella y posó sus labios sobre los suyos con la ligereza de una pluma. Un beso lleno de delicadeza e intimidad, que la hizo temblar. Entreabrió los labios y dejó que el beso se hiciera más profundo. Esa boca, que la había obsesionado durante todos esos días, se apoderó de su voluntad como una droga y cualquier deseo de oponer resistencia se evaporó como la niebla de la mañana.

Al sentir su respuesta, la respiración de Martin se aceleró aún más. Su mano apartó el cuello alto y enterró la cabeza en su garganta, mordisqueándola. Una puñalada de deseo atravesó el cuerpo de Vega, desde los senos hasta los muslos. La joven lo estrechó con fuerza entre sus brazos, enredando los dedos en su pelo, apretándolo contra sí, como si intentara fundirse con su piel.

Sintió cómo una de las cálidas manos masculinas subía por su pierna, introduciéndose bajo el jersey y se deslizaba por su cadera desnuda y su vientre plano, hasta llegar a su pecho. Un gemido brotó de su garganta; todas las terminaciones nerviosas de su piel parecían al borde del cortocircuito.

Martin apartó el jersey y su cabeza descendió sobre su seno. Su lengua acarició el pezón con leves toques como quemaduras, luego lo introdujo en su boca y succionó con ansia. Vega se sentía atrapada en un torbellino del que no quería salir. Sus manos, como por voluntad propia, se colaron bajo la camiseta de Martin acariciando su pecho, recorriendo su espalda de arriba abajo, sintiendo cómo se estremecían esos poderosos músculos bajo su contacto.

Entretanto, los dedos de Martin se deslizaron entre sus muslos, invadiendo un

territorio hasta entonces inexplorado. Su dedo pulgar rozó con ligereza el centro de su femineidad, haciendo que todo su ser se volviera líquido.

El anhelo de algo desconocido y poderoso la llevó a apretarse contra ese tacto arrebatador, emitiendo una especie de sollozo que hizo que Martin recobrar de golpe la cordura.

Con un esfuerzo ímprobo se apartó de ella, tapándola al mismo tiempo con una de las mantas.

Las aletas de la nariz de Martin Grant se dilataron al contemplar a la chica. Sus ojos viajaron por sus mejillas encendidas, descendieron por sus labios entreabiertos y levemente hinchados, acariciaron sus párpados entrecerrados, que apenas ocultaban su deslumbramiento y, por fin, se detuvieron en su pecho, que subía y bajaba en agitadas sacudidas.

–Lo siento, Vega, perdóname.

La joven se quedó paralizada; si le hubieran volcado en la cabeza un cubo lleno de agua helada, la impresión no habría sido mayor.

Observó, como si ocurriera a cámara lenta, cómo Martin se colocaba de nuevo su máscara impenetrable y una vez más, sintió ese familiar dolor en el corazón.

–Siento haber traicionado tu confianza. Te prometí que no volvería a ocurrir y he faltado a mi promesa.

Como si se tratara de una persona ajena a ella, Vega examinó los puños de Martin – tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos– y escuchó una voz, en un tono extrañamente calmado, que no le pareció la suya.

–Martin, como ya te dije la otra vez que ocurrió algo semejante, no son necesarios los pésames.

Que yo sepa, en ningún momento he dicho que no y creo que mi colaboración ha sido necesaria para que las cosas hayan llegado hasta donde lo han hecho.

Evitó mencionar que, si alguien era culpable, era ella, por haberle acariciado mientras dormía.

En esos momentos, lo único que era capaz de sentir era una profunda vergüenza al pensar en su atrevimiento, pero intentó ocultarla a toda costa.

–No te flageles. Los dos somos adultos. No debemos buscar culpables.

El músculo en la mandíbula de Martin volvió a aparecer, delatando lo alterado de su ánimo. Sin hacer ningún comentario, se puso en pie, agarró su cazadora y salió del refugio, no sin antes decirle:

–Te ruego que aproveches para vestirte mientras estoy fuera.

Sin más, salió y la dejó sola.

Vega se incorporó con lentitud. Un extraño entumecimiento se extendió por todos los recovecos de su cuerpo como si Martin, en vez de haberla acariciado con delicado frenesí, la hubiese golpeado con un mazo. La joven se sentía como el pecador que, tras tener una visión sublime del paraíso, se despeña por un abismo infernal. Por vez primera, se alegró al pensar que dentro de pocas horas regresaría a España y, al menos en parte,

recuperaría el control de sus actos.

Durante esos últimos meses, que más parecían una existencia completa, emociones desconocidas e irrefrenables se habían adueñado de ella, arrastrándola de un lado a otro, como una pluma mecida por la brisa. Anhelaba regresar a algo parecido a la normalidad, aunque sabía que el recuerdo de esas horas marcaría su vida para siempre.

Un frío penetrante, que no sólo provenía del exterior, embotaba sus dedos, dificultándole la tarea de vestirse. Fue un gran alivio ponerse de nuevo sus propias prendas, ahora completamente secas.

La idea de tener que volver a ver a Martin en unos minutos la enfermaba; lo único que le apetecía era enroscarse en algún oscuro rincón y dormir durante cien años para evitar tener que pensar.

Una ráfaga de aire helado se coló en el interior cuando Grant abrió la puerta.

–Puedes salir a hacer –vaciló –ya sabes, lo que estimes oportuno.

Vega se limitó a salir al exterior, sin hacer ningún comentario.

Cuando estuvieron listos, se pusieron en marcha envueltos en un silencio incómodo. Martin iba delante y ella le seguía unos metros más atrás. Al llegar a la casa, Vega subió apresuradamente a su habitación. A medida que se iba quitando la ropa, la arrojaba al suelo sin importarle el desorden lo más mínimo. Una vez bajo el chorro de la ducha, disfrutó del efecto calmante del agua caliente por todo su cuerpo.

No deseaba darle más vueltas a lo ocurrido, pero no podía luchar con las estremecedoras imágenes que asaltaban su cerebro contra su voluntad. Una vez más había perdido el dominio de sí misma; había estado a punto de entregarse a Martin y, si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que se sentía frustrada por el hecho de que él se hubiera detenido.

Ahora, al recordarlo, la embargaba el bochorno, pero mientras estuvieron juntos, abrazados sobre ese lecho de ásperas mantas, por un instante mágico creyó que había encontrado su lugar en el mundo; que pertenecía a ese hombre y él a ella.

«¡Absurdo! ¿Qué podemos tener nosotros en común?», se preguntó, tratando de argumentar consigo misma de forma racional.

Una chica de la alta sociedad española, criada para llevar una vida cómoda, con todo los placeres que el dinero pudiera comprar al alcance de su mano y un mercenario, un hombre de origen humilde que otorgaba su protección a posibles víctimas de secuestro; acostumbrado a enfrentarse a lo más sombrío y sórdido de la personalidad humana.

Dos mundos enfrentados, el de la belleza y la tranquilidad. El de la violencia y la oscuridad. No tenían nada en común; tan sólo esa destructiva pasión que amenazaba con devorarlos a ambos.

CAPÍTULO 10

Cuando terminó de vestirse, Vega abrió la puerta con precaución y permaneció un rato escuchando. No se oía ningún ruido, Martin debía haberse ido a ultimar los arreglos de su marcha. Se alegró de no tener que enfrentarse con él en ese momento; todavía no se sentía con fuerzas para ello.

Bajó al salón y durante varios minutos deambuló como un alma en pena de acá para allá. Le parecía ver a Martin en todos los rincones de la casita: en la cocina, donde a menudo le tocaba fregar los cacharros; apoyado en la chimenea mirándola con su sonrisa torcida; sentado cerca de la ventana tecleando sin pausa en su ordenador; recostado en el sofá con sus largas piernas sobre la mesa de centro... Sacudió la cabeza. Debía salir un rato; se iba a volver loca si permanecía el resto del día allí encerrada.

Como era sábado decidió llamar a Adam; esperaba que no tuviera trabajo esa mañana.

–¡Ey, Vega!

–¡Ey, Adam! –exclamó forzando un poco la nota alegre–. Quería saber si hoy tienes que trabajar... Verás, ha surgido un imprevisto y tengo que volver a Madrid...

–Te vas ¿Cuándo? –su voz denotó un hondo abatimiento.

–Mi avión sale mañana y quería despedirme de ti... agradecerte lo amable que has sido conmigo durante todas estas semanas. ¿Quieres que comamos juntos?

–Por supuesto –contestó Adam, tratando de sobreponerse a la desagradable noticia–. Pasaré a recogerte en media hora.

Vega se alegró de contar todavía con unas cuantas horas de gracia antes de su inevitable reencuentro con Martin Grant.

Adam llegó puntual y, en cuanto detuvo el coche, Vega se montó en el asiento del copiloto. El joven conducía en un silencio poco característico, mientras la chica miraba por la ventanilla, pensando en lo mucho que echaría de menos ese agreste paisaje y la compañía de ese chico que había sido tan considerado con ella.

Se encontraban más o menos a medio camino del pueblo, cuando dos range rover de color negro surgieron de la nada. Uno de ellos se atravesó en la solitaria carretera justo delante de ellos, mientras el otro hacía lo mismo a su espalda. En cuanto se dio cuenta de que los coches pretendían cortarles el paso, Vega, en un acto reflejo que no pudo explicar, sacó su móvil del bolsillo de su cazadora y lo introdujo en la caña de la bota.

–¡Qué demo...!

La maldición de Adam se cortó en seco al ver detenerse junto a su ventanilla a un hombre corpulento que golpeó dos veces en el cristal con el cañón de su pistola. El muchacho se quedó paralizado, pero al ver que el tipo apuntaba con su arma a la cabeza de Adam, Vega se estiró sobre él y abrió la manija de la puerta. Unos segundos antes, la idea de huir había cruzado por su mente, pero al ver a los cuatro hombres armados que les rodeaban, la descartó al instante.

–Muy inteligente, señorita –alabó el hombrón con un acento que le pareció procedente de algún país del este–. Ahora, bájense los dos del coche, con las manos donde

yo pueda verlas –ordenó.

Vega y Adam obedecieron al instante. El joven, a pesar de lo asustado que estaba, intentó articular unas palabras:

–Señores, creo que se confunden...

No le dio tiempo a decir nada más, uno de los hombres –el único que llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas– le golpeó en plena cara con la culata de su revólver con tanta violencia que le derribó al suelo inconsciente.

La joven gritó horrorizada y, arrojándose de rodillas al lado de Adam, vio que tenía rota la nariz.

Vega metió su mano bajo el abrigo, colocándola sobre su corazón. Notó un débil latido contra su palma.

–¡Maldito, cerdo! –vociferó, dirigiéndose al hombre enmascarado.

–Hola, Vega –contestó una voz familiar–. Yo también estoy encantado de encontrarte de nuevo.

De un rápido movimiento, se quitó el gorro de lana, dejando al descubierto la cara de Jaime Pedrosa.

–¡Tú! –exclamó Vega sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

–El mismo –contestó burlón–. Las cosas hubieran sido mucho más sencillas si el día de la fiesta hubieras accedido a venirte conmigo tranquilamente. Si no llega a ser por ese estúpido amigo tuyo, jugando al gato y al ratón, ya habríamos terminado con esta historia hace tiempo. Lástima que sea éste –comentó dándole una patada en las costillas al cuerpo exánime de Adam– y no el otro bastardo. Al otro le hubiera matado.

Convencida de que hablaba en serio, la joven notó cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral desde las cervicales hasta el coxis.

–Deja a ese pobre tipo en paz –exigió el hombre que les había ordenado salir del coche. Vega comprendió que era él y no Jaime el jefe de la cuadrilla de bandidos. Saberlo le produjo un pequeño alivio.

–¿Qué van a hacer con mi amigo?

–Ese se queda aquí. En el estado en que se encuentra no creo que pueda servirnos de mucho –contestó el jefe, con una desagradable risotada.

–¡Pero no pueden dejarlo tirado en el camino! Pueden pasar horas hasta que alguien lo encuentre –suplicó Vega, percibiendo en su cara las primeras gotas de lluvia.

–No me importa. Yo soy un hombre malo, señorita –sus compinches lanzaron una carcajada.

–Bueno, se acabó la charla, tú –ordenó a Jaime– regístrala antes de que suba al coche.

Jaime se acercó a ella con una sonrisa maliciosa. Se tomó su tiempo; además de revisar todos sus bolsillos aprovechó para someterla a un manoseo repugnante. Él se dio cuenta de su profundo malestar y se recreó en él, deteniéndose más de lo necesario en zonas sensibles, como los pechos o la entrepierna. El único consuelo que le quedaba a Vega era que, entretenido con su humillante jueguito, el móvil que escondía en la bota le

había pasado desapercibido.

–Cerdo asqueroso –masculló la chica en español.

–¡Cuidado! –respondió él en el mismo idioma, amenazándola con un puño.

–¡Basta! –cortó la discusión el cabecilla–. Súbela al coche de una vez.

A empujones, Jaime la introdujo en uno de los range rover, obligándola a tumbarse en el espacio que quedaba entre los asientos delanteros y los traseros.

–No se te ocurra asomar la cabeza o te ataré como un salchichón –amenazó–. Para tu información, te comunico que las puertas están bloqueadas.

Lo único que veía Vega desde su posición era el cuero de los asientos. Palpó la bota, notando el bulto del teléfono en el lugar donde lo ocultara; rezó para que a nadie se le ocurriera llamarla y que la batería, que olvidó recargar esa mañana, durase lo suficiente. En los días que había permanecido con Martin, éste le había enseñado algunas nociones básicas de defensa personal y, aunque, por desgracia, llegada la hora le resultó imposible ponerlas en práctica, durante esas lecciones también le habló del sistema de localización mediante GPS que había instalado en su móvil. Mencionó que lo único que necesitaba para funcionar era que el aparato estuviera encendido. Gracias a Dios tuvo la sangre fría necesaria como para recordarlo durante los primeros –y vitales– minutos del secuestro.

Pensar en Martin le acarreó una oleada de congoja. ¿Sería capaz de dar con ella y rescatarla?

Rogó porque así fuera, aunque se prometió a sí misma que estaría atenta para aprovechar cualquier ocasión de huir que se le presentara. Se apartó un mechón de pelo de la cara, percibiendo el temblor de su mano. Aún le parecía oír el ruido de la nariz de Adam al romperse; de nuevo rezó porque alguien le encontrara enseguida y no tuviera que permanecer a la intemperie y bajo la lluvia durante mucho tiempo.

No llevaba reloj y perdió por completo la noción del tiempo. Le pareció que viajaron durante un montón de horas y, pese a que al principio le pareció que lo hacían por una autovía, ahora reparó en que la velocidad había disminuido y el camino era bastante irregular. En un momento dado, debían haber tomado un desvío en dirección a alguna pequeña carretera comarcal. Como para confirmar sus sospechas, el vehículo pasó por encima de un bache y la chica se estrelló con violencia contra uno de los asientos, sin poder contener una exclamación de dolor.

–No sufras, querida mía, ya casi hemos llegado –la voz burlona de Jaime le llegó con claridad.

Unos minutos después el coche se detenía por fin. Uno de los hombres abrió la puerta y Vega bajó del vehículo dolorida.

A la escasa luz que quedaba del día, vio una vieja nave destartada, rodeada por un bosque de árboles caducos en los que apenas quedaban hojas ya. Vega estaba convencida de que, aunque caminara en un radio de varios kilómetros a la redonda, no hallaría ningún vecino viviendo en la zona.

–Bienvenida a su nuevo hogar, madame –declaró sardónico el que parecía el jefe.

En el interior de la nave hacía frío y despedía un leve olor a madera mojada. En otros tiempos debía haber sido una serrería; quedaban restos de tablas y maquinaria desperdigados por todos los rincones.

El ruso, como lo bautizó Vega, y Jaime la llevaron hasta una puerta al fondo de la nave. Era una pequeña habitación, con las paredes llenas de humedad, una pequeña claraboya en el techo por donde apenas entraba algo de luz y un catre. En una de las paredes aparecía otra puerta más pequeña.

–Espero que te guste tu habitación; tiene su propio baño. No te quejarás, querida...

La joven se asomó; aunque el baño era pequeño y no parecía estar muy limpio, tenía una ducha minúscula, un lavabo como de casita de muñecas y un desportillado retrete. Al menos no parecía que fuera a tener que compartirlo con ellos, pensó aliviada.

Los hombres la dejaron dentro y cerraron con llave al salir.

Vega estudió su entorno con detenimiento. Inspeccionó el tragaluz del techo; aunque pequeño podría servirle para escapar. El único fallo era la altura a la que se encontraba situado. Aun subiéndose en el camastro, la distancia seguía siendo considerable y no había ninguna otra pieza de mobiliario a la que pudiera encaramarse.

El frío era intenso y se arrebujó un poco más en su cazadora. Sobre la cama había un grueso edredón doblado, lo examinó con detenimiento y llegó a la conclusión de que estaba sin estrenar. Lo extendió, se tumbó en el catre y se tapó con él.

Analizó su situación, intentando no dejarse llevar por el pánico. Sus captores no le habían hecho ningún daño; era evidente que lo único que les interesaba era el suculento rescate que pedirían por ella.

Sabía que su padre pagaría. Lo que fuera. Pero reunir el dinero llevaría un tiempo y quizá tuviera que permanecer en ese agujero durante semanas o incluso meses. Sólo de pensarlo, la cabeza amenazaba con estallarle, enloquecería ahí encerrada. Además, tenía la certeza de que Jaime suponía un peligro adicional. Un sexto sentido le decía que él no estaba exclusivamente interesado en el dinero; se había sentido humillado por ella y ese tipo de hombre siempre encontraba una oportunidad para vengarse.

Para colmo, le había permitido ver su cara y eso le daba muy mala espina. Una vez más la recorrió un estremecimiento, que no supo si era de frío o de miedo.

–Martin, Martin –susurró en la oscuridad.

La tentación de sacar el teléfono y llamarlo era abrumadora, pero la venció. Sus captores podían regresar en cualquier momento, carecía de sentido arriesgarse a que le quitaran el móvil para mantener una conversación en la que no podría aportar ningún tipo de información. No tenía la más remota idea de dónde se encontraban; tendría que confiar en el localizador y en que Martin Grant se percatara cuanto antes de su desaparición. Cerró los ojos y le pareció sentir una vez más sus labios en contacto con los suyos y sus manos expertas recorriendo su cuerpo. Un gemido escapó de su garganta. Sería mejor no pensar en eso si no quería perder la razón, ahora debía concentrarse en encontrar una forma de escapar de allí.

CAPÍTULO 11

Calculó que habría transcurrido hora y media más o menos cuando, de nuevo, oyó girar la llave en la cerradura.

Uno de sus captores le hizo una seña para que saliera. Examinó lo que la rodeaba con detenimiento; necesitaba tener una imagen clara del lugar donde la retenían para tratar de encontrar una brecha por la que huir. La nave había sido acondicionada para un largo secuestro. Un pequeño camping gas, rodeado de cajas llenas de provisiones y bebidas, ocupaba uno de los extremos. Al otro lado, dos literas bastante nuevas y un par de cómodas baratas servían de dormitorio para los cuatro componentes del equipo. No vio ningún cuarto de baño por ahí, quizá estuviera en el exterior.

–Adelante, acérquese –invitó amable el ruso, señalándole una silla–. Coma algo.

Un plato con un misterioso guiso humeaba sobre la mesa. La joven no se hizo de rogar; estaba hambrienta y era consciente de que necesitaba mantener sus fuerzas si deseaba salir de allí. Empezó a comer sin dejar de observarlo todo. La nave carecía de ventanas; la luz entraba por una serie de claraboyas, como la de su dormitorio, repartidas por el techo. La única salida era la puerta por donde habían accedido al recinto.

–¿A la señorita no le gusta su nuevo hogar? –preguntó Jaime, sarcástico.

La muchacha no le hizo caso y siguió comiendo sin mirarlo.

–¡Contesta cuando te hablo, zorra! –gritó iracundo, derribando el plato de Vega de un manotazo.

La joven se puso en pie y, con rapidez, se colocó al otro lado de la mesa, quedando fuera del alcance de su agresor. Notaba que le temblaban las manos violentamente y las ocultó en los bolsillos del pantalón. No quería darle la satisfacción de que se diera cuenta de lo asustada que estaba.

–Deja en paz a la chica –ordenó el jefe.

–¿Por qué he de hacerlo? He sido yo el que os ha conducido hasta ella. Si no fuera por mí, pandilla de estúpidos, nunca la habríais encontrado.

Al escuchar sus ofensivas palabras, el corpulento cabecilla se puso rojo de ira y de entre su ropa sacó un enorme cuchillo con el que amenazó al español.

–Un insulto más y te juro que te rebano el pescuezo –advirtió en un tono engañosamente suave, era obvio que no bromeaba–. Cierto que la hemos localizado gracias a ti, pero ya no te necesitamos. No me haces falta. Dudo que mi jefe monte un escándalo si te corto la yugular y dejo que te desangres en este lugar. En cambio, sé que quiere a la chica sana y salva. Recuérdalo –terminó retándole con sus ojillos malignos, antes de darse la vuelta y sentarse en un viejo sillón rajado unos metros más allá.

Jaime se vio obligado a dejarla tranquila mientras uno de los otros tipos, que había permanecido atento a la pelea sin intervenir, le servía a la joven un nuevo plato de comida. El español, furioso, se sentó frente a ella dirigiéndole miradas venenosas que prometían venganza. Vega perdió el apetito. De golpe, se le hizo un nudo en el estómago que le impidió tragar un bocado más, así que se levantó y volvió a su cuartucho cerrando de un portazo. Alguien fue tras ella y dio un par de vueltas a la llave.

Sin ni siquiera quitarse las botas, se tumbó en la cama, se cubrió con el edredón e intentó dormir. El cansancio y los nervios debieron vencerla en un momento dado pues, de repente, abrió los ojos sobresaltada, sin saber qué hora era. Reconoció el ruido que la había despertado; era el de la llave girando en la cerradura. La puerta se abrió con lentitud y Jaime se coló en su habitación apuntándola con una pistola mientras, con su dedo índice apoyado sobre sus labios, le indicaba que guardara silencio. Apretó el interruptor que encendía la bombilla desnuda colocada sobre la cama y, sin dejar de apuntarla con su arma, se sentó a los pies del catre.

La chica se incorporó al instante y se quedó apoyada contra la pared con las piernas encogidas, apartándose de él lo más posible.

–Como se te ocurra alejarte un centímetro más de mí, te golpearé con fuerza.

Atemorizada, Vega permaneció inmóvil, mientras él se acercaba más a ella. Con lentitud, el hombre empezó a recorrer sus rasgos con el cañón de la pistola: la frente, la nariz... la joven sintió la frialdad del acero posándose sobre su boca, obligándola a entreabrir los labios. El terror aceleraba los latidos de su corazón, que retumbaban en sus oídos a un volumen insoportable.

–Quítate el jersey –la chica obedeció y se quedó temblando, cubierta tan sólo con la fina camisa de algodón que llevaba puesta.

Jaime introdujo el cañón del arma entre los botones, haciéndolo descansar sobre su pecho derecho. Vega no pudo soportar más la tensión y abrió la boca para gritar. Una mano, como una tenaza de hierro, se la tapó en el acto ahogando su grito. El hombre, sin soltarla ni un momento, dejó el arma debajo del camastro y se arrojó sobre la chica. Metió su mano libre bajo la camisa y estrujó uno de sus senos hasta que la joven pensó que iba a vomitar. Vega se debatió con todas sus fuerzas, retorciéndose bajo su cuerpo como una anguila y, en un momento dado, consiguió descargar un rodillazo en su entrepierna.

–¡Maldita, puta! –masculló Jaime, estrellando el puño contra su rostro.

El dolor fue tan brutal que la muchacha estuvo a punto de perder el conocimiento. Aturdida, sintió los dedos masculinos toqueteando con torpeza los botones de sus vaqueros, tratando de soltarlos.

En ese momento, Vega comprendió que Jaime lograría su propósito. La iba a violar y ella no podría hacer nada por impedirlo. Lágrimas de puro terror se deslizaron incontenibles por sus mejillas.

–No, no, suéltame –sollozó.

De repente, sintió que algo o alguien la liberaba del peso de su atacante.

A la débil luz de la bombilla, distinguió una alta figura masculina, completamente vestida de negro, que golpeaba sin piedad a su agresor. Los ojos de su salvador lanzaban dardos de plata, mientras chocaba sus puños, una y otra vez, sobre el rostro y el estómago del hombre que había estado a punto de forzarla hacía escasos segundos, hasta que éste cayó al suelo, inconsciente.

–Martin –susurró la joven, creyendo que soñaba.

Al oír su voz, Martin Grant se detuvo en seco y se volvió hacia ella observando sus mejillas empapadas, su camisa desgarrada y la sangre manando de un corte en la ceja. Contuvo el deseo de patear hasta matarlo al bastardo que yacía a sus pies y se acercó a Vega estrechándola entre sus brazos, tan fuerte, que le cortó la respiración.

La joven apoyó la cabeza sobre su hombro y lloró como si tuviera el alma rota. En un momento dado, sintió los labios de Grant sobre su pelo.

–Tranquila, amor mío, ya pasó...

Sus palabras parecieron llegarle a Vega desde muy lejos y, más tarde, pensó que las había imaginado. Martin dejó que se desahogara durante varios minutos, mientras él acariciaba su nuca. En el momento en que los sollozos parecieron amainar un poco, sugirió:

–Deberíamos irnos de aquí. La policía está a punto de llegar y quiero que tengas tiempo de descansar antes de que te interroguen.

Cogió su cazadora y se la puso atándole los botones con tanta ternura que Vega no pudo evitar que nuevas lágrimas brotaran de sus ojos. La ayudó a ponerse en pie pero, al percatarse de que sus piernas no eran capaces de sostenerla, la cogió en brazos sin aparente esfuerzo.

–Será mejor que mantengas los ojos cerrados al salir; el espectáculo no resulta muy agradable.

Vega le desobedeció y, al cruzar la nave, vio los cuerpos de dos de los secuestradores tendidos en el suelo, sobre un charco de sangre.

–¿Están muertos? –preguntó con voz temblorosa.

–Creo que no –contestó Grant con frialdad, como si el tema no le preocupara lo más mínimo.

Al salir de la nave, Vega descubrió al cuarto hombre apoyado contra la pared, inmovilizado de pies y manos con unas esposas de plástico y un trozo de cinta de embalar cubriéndole la boca.

Martin la depositó con suavidad en el asiento del copiloto de su coche y le ató el cinturón. Poco después conducía de regreso a la casa.

–¿Qué te ocurrirá a ti? ¿Te meterán en la cárcel por herir a esos hombres?

–Verás, Vega, mi trabajo es... un poco especial. Además de trabajar para tu padre, soy una especie de agente del gobierno.

–¡Como James Bond! ¿Tienes licencia para matar?

–Bueno, algo similar –contestó Martin, divertido–. Ahora es mejor que no hables, has pasado por una experiencia terrible y lo mejor será que procures descansar un poco.

–Pero, Martin, quiero saber cómo me encontraste, qué ha pasado ahí dentro exactamente...

¿Cómo está Adam? –preguntó, acordándose de repente.

–El pobre tiene la nariz rota, pero se recuperará. Fue una suerte que no se molestaran en ocultarlo a él o a su coche. No debió pasar ni una hora desde que te secuestraron, hasta que lo encontré.

Se volvió hacia ella un momento y, mirándola, a los ojos comentó:

–Demostraste ser muy inteligente ocultando tu móvil; si no lo hubieras hecho, no habría podido localizarte con tanta rapidez.

–Fue un acto instintivo, todavía no sé ni cómo se me ocurrió.

–Eres una chica valiente y decidida, estoy orgulloso de ti –afirmó, colocándole la mano en el muslo en una leve caricia. Para Vega fue como si el calor de su mano atravesara la tela del pantalón, provocando una quemadura en su piel.

–Muchas, gracias, es muy agradable recibir por fin un poco de reconocimiento de tu parte –bromeó la joven. Al instante recobró la seriedad y se quedó callada.

Después de unos segundos declaró:

–Cuando me di cuenta de que Jaime Pedrosa estaba detrás de todo esto, no podía creerlo. ¿Cómo pude equivocarme tanto con él? –sus últimas palabras traicionaron un leve temblor en su voz.

–No te martirices, Vega, todos cometemos equivocaciones. Es difícil sospechar que un joven de buena familia, que en apariencia tiene todo lo que necesita y más, ande en tratos con una pandilla de mafiosos. Ni siquiera tu padre sospechaba de él y yo mismo, aunque sabía que no era trigo limpio, en ningún momento pensé que fuera tan peligroso.

Es más, todavía no se había perdonado a sí mismo no haber trasladado a Vega a un lugar seguro en cuanto se dio cuenta de que su escondite había sido descubierto. El deseo de retenerla un poco más de tiempo a su lado le había hecho perder de vista el peligro de la amenaza a la que se enfrentaban.

Por su culpa, por su falta de profesionalidad, Vega había estado a punto de ser violada por un criminal. El temblor de las manos de la chica no le había pasado desapercibido. La mujer a la que amaba quizá había quedado marcada para siempre.

La joven percibió el músculo chivato en su mejilla y lo interpretó mal. Pensó que Martin estaba enfadado con ella, que la consideraba una niña estúpida por la que había tenido que arriesgar su vida.

Sus labios comenzaron a temblar también. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, deseando que su vida pudiera rebobinarse hasta el momento anterior a su viaje a Inglaterra. Quería volver a ser esa chica superficial y sin complicaciones, a la que lo único que le preocupaba era el vestido que se pondría para la siguiente fiesta. Tenía la sensación de haber envejecido veinte años en un solo día.

Martin la escuchó suspirar y pensó que deseaba descansar un poco. Condujo con rapidez y, tres horas más tarde, detenía el vehículo frente a la puerta de la casita de piedra.

–Vega, hemos llegado ¿estabas dormida?

–No, sólo pensaba.

La joven abrió los ojos y le pareció increíble estar de vuelta en la encantadora casita, como si ese día de terrible tensión y miedo paralizador no hubiera ocurrido jamás. Martin abrió la puerta de su lado y la ayudó a salir.

–¿Quieres que te prepare algo de comer?

Vega negó con la cabeza; lo último que deseaba en ese momento era pensar en

comer.

–Puedes llamar a tu padre.

–¿Sabe algo de...?

–No, preferí no contarle nada, hasta tener... más claras las cosas.

–Creo que no tengo la energía necesaria para explicarle lo sucedido.

–Si quieres, lo llamo yo.

–Si no te importa, prefiero que no lo hagas todavía. En cuanto sepa lo que ha ocurrido, mi padre cogerá el primer avión y se presentará aquí para llevarme a casa. Necesito tiempo para asimilar los acontecimientos –Martin se fijó en la forma en que retorció sus manos al hablar y comprendió que estaba agotada y confusa.

–Tranquila, Vega, no tienes que decidir nada ahora mismo. Lo mejor es que descanses.

–Creo que me prepararé un baño caliente.

–Buena idea, hará que te relajes. Te ayudaré.

–De verdad, no es necesario, Martin.

Sin hacerle caso, como de costumbre, el hombre subió con ella hasta su dormitorio y abrió los grifos de la bañera, regulando la temperatura. Colocó una toalla limpia y esponjosa a su alcance y echó un puñado de sales de baño en el agua, que al instante despidieron un agradable olor a flores.

–¿Necesitas algo más? ¿Quieres que te suba una bebida: agua fría, una copa de vino?

–No, gracias, Martin, ya has sido demasiado amable.

Martin salió, dejándola sola. La joven se desnudó con rapidez, se recogió el pelo y se metió en el baño. La temperatura del agua era perfecta, se tumbó, apoyando la cabeza en el borde, cerró los ojos y, casi al instante, notó que sus rígidos músculos comenzaban a aflojarse.

Permaneció en la bañera casi media hora, hasta que unos golpes en la puerta la hicieron volver a la realidad y se dio cuenta de que el agua comenzaba a enfriarse.

–Vega ¿te encuentras bien?

–Por supuesto. Enseguida salgo.

Se secó un poco y envuelta en la toalla salió del baño.

–¡Oh! –exclamó, cuando vio a Martin sentado en el borde de su cama.

CAPÍTULO 12

Las pupilas de Martin se dilataron al posarse sobre los aterciopelados hombros desnudos y sus largas piernas, apenas cubiertas por la toalla. Algunos mechones húmedos escapaban de su improvisado moño y a Martin Grant le pareció la visión más deliciosa que un hombre pudiera imaginar. El anhelo de aproximarse a ella, apartar uno de esos rizos mojados y hundir la cara en el hueco de su garganta fue casi imposible de dominar; sólo le detuvo el temor que le pareció detectar en los ojos femeninos. Sobreponiéndose con una fuerza de voluntad férrea a las irreprimibles demandas de su cuerpo traidor, logró permanecer donde estaba y esbozar una sonrisa tranquilizadora.

–Perdona mi intromisión, Vega. He traído un poco de yodo y algodón para curarte la herida de la ceja y un somnífero. Creo que es importante que esta noche duermas profundamente. Ven –ordenó dando una palmada sobre el colchón, a su lado –siéntate aquí. Quiero echarle una ojeada.

–Gracias, Martin. No es necesario que te molestes, me la he lavado en el baño...

Grant repitió la palmada con gesto autoritario y a la joven no le quedó más remedio que acercarse a él, sintiendo las rodillas temblorosas. Se sentó a su lado, ajustándose bien la toalla. Lo último que quería era dar un espectáculo.

Martin le tomó el rostro entre sus manos. Con delicadeza movió su cara de un lado a otro, para ver bien sus heridas a la escasa luz que emitía la lamparilla de noche.

–Bueno –sonrió haciendo que a Vega el estómago le diera una voltereta– tengo dos noticias, una buena y otra mala. ¿Cuál deseas conocer primero?

La chica, que apenas podía respirar al sentirlo tan cerca de su cuerpo semidesnudo, susurró:

–La buena primero.

–La buena es que no es necesario que te dé puntos en el corte que tienes en la ceja.

–¡Puntos! ¿Estabas dispuesto a coserme tú mismo? ¿Así, sobre la marcha, como si fuera el pavo de Navidad? –Vega se estremeció sólo de pensarlo.

–Si fueras el pavo de Navidad no necesitaría coserte. Todavía falta mucho tiempo para las fiestas ¿no crees? Además –añadió riéndose con descaro de ella, a pesar de lo serio de su expresión– yo coso muy bien. Soy un gran amito de mi casa...

–Me alegro por tu futura esposa. Pero sigo esperando la mala noticia... no creo que me convenga tanta incertidumbre después de los sobresaltos del día.

A Martin le alegró comprobar que la antigua Vega, ocurrente y descarada, asomaba de nuevo tras la muchacha acobardada y temblorosa que había rescatado de la nave.

–La mala noticia, querida mía, es que mañana tendrás un ojo morado.

–¡Un ojo morado! ¿Y no puedo hacer nada? No sé... hielo, un filete como en los dibujos animados...

–Me temo que ya es demasiado tarde para los remedios caseros. *Oui*, madame, mañana lucirá usted un ojo maquillado en todos los preciosos tonos que van del amarillo al morado –contestó Martin al tiempo que cortaba un trozo de algodón y vertía sobre él

unas gotas de yodo. Con mucho cuidado, le alzó la barbilla con una mano y empezó a darle pequeños toquecitos con el algodón sobre la ceja.

–¡Ay!

–Perdona –rogó Martin, preocupado.

En realidad, Vega no había sentido ningún dolor; había gritado para fastidiarle, aunque se sentía más inclinada a emitir un ronroneo satisfecho. Era increíble lo suaves que podían ser esas manos que hacía unas horas habían golpeado a un hombre hasta dejarlo inconsciente. Cerró los ojos, disfrutando del agradable contacto de sus dedos.

Martin hacía esfuerzos por controlar su respiración, mientras contemplaba las largas pestañas rizadas en el exquisito rostro elevado hacia él. Aspiró el agradable olor floral de las sales de baño mezclado con el embriagador aroma de su piel y la combinación se le subió a la cabeza como el champán. Terminó de curar la herida y se levanto con tal brusquedad que derribó el bote de yodo sobre la colcha.

–¡Menos mal que estaba cerrado, señor torpe! –le reconvino Vega, burlona.

–Buenas noches.

Grant recogió el bote y el algodón y salió de la habitación a toda prisa. Tras cerrar la puerta con suavidad, se apoyó en ella, con los puños apretados, al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

Al otro lado de la puerta, Vega decidió que, más que un somnífero, lo que necesitaba era un buen trago de algo fuerte; todavía le temblaba todo el cuerpo. Ver a Martin sentado en su cama, mientras ella salía del baño envuelta tan sólo con una toalla, como si fueran un matrimonio bien avenido, proyectó una serie de imágenes voluptuosas en su mente, que le dejaron las rodillas flojas. Y después, la insoportable tortura de estar sentada a su lado, sintiendo sus cálidos dedos sobre su piel al curarla... a punto estuvo de lanzarse sobre él y rogarle que le hiciera el amor. Menos mal que se contuvo; tuvo que morderse el labio hasta hacerse daño, pero evitó hacer de nuevo el ridículo delante de él.

Decidió que lo mejor sería acostarse y no pensar más. Se puso su abrigado pijama escocés, se tomó el somnífero con un poco de agua y, media hora después, estaba sumida en un sopor profundo y sin sueños.

Cuando despertó le pareció que su cabeza estaba rellena de algodón. Se quedó un rato tumbada en la cama, observando los ya familiares objetos que la rodeaban y dio gracias a Dios de no encontrarse en el lóbrego cuartucho de la nave, a merced de sus captores. Miró el reloj que tenía sobre la mesilla; había dormido casi ocho horas y se sentía bien descansada. Sacó unos pantalones y un jersey de cuello alto del armario, se lavó la cara, se peinó y, en cuanto estuvo lista, bajó al salón.

–¡Buenos días, bella durmiente! He entrado un par de veces a ver cómo estabas y dormías como un bebé.

–Sí, he dormido muy bien. Gracias por pensar en el somnífero, Martin, fue una gran idea –declaró, dirigiéndole una enorme sonrisa.

Martin observó su sonrojado rostro. A pesar de su ojo que, en efecto, exhibía todos

los colores del arco iris, la joven estaba radiante.

–Te prepararé el desayuno. ¿Qué prefieres: huevos revueltos con beicon o tostadas con mantequilla?

–Umm. Tostadas suena bien. Muchas.

–¿Muchas?

–¡Estoy hambrienta! –exclamó, lanzándole una mirada que Martin no supo interpretar.

–He hablado con la policía –anunció vagamente nervioso, cambiando de tema–. Vendrán esta tarde para hacerte unas preguntas. No debes preocuparte, límitate a contarles lo que ocurrió con la mayor cantidad de detalles que puedas recordar.

De repente a la joven se le ocurrió una cosa.

–¿Y si sale todo en las noticias y mi padre se acaba enterando por la televisión o la prensa?

–No te preocupes, Vega, he hablado con la persona encargada de la investigación y está de acuerdo conmigo en evitar que estos hechos se filtren a los medios. Causaría una cierta alarma en la opinión pública enterarse de que la mafia rusa campa a sus anchas por estos parajes.

Vega respiró aliviada. Por unos momentos había imaginado su foto en las portadas de todos los tabloides ingleses, sirviendo de acompañamiento a una morbosa historia.

–¡Tu desayuno!

La chica devoró varias tostadas crujientes untadas con mantequilla y mermelada, y un par de tazas de café, antes de exclamar satisfecha:

–¡Perfecto!

Martin pensó que era un placer verla comer con sano apetito. En realidad, contemplar a Vega de Carrizosa en cualquier instante de su vida era un auténtico banquete para la vista.

–Me gustaría visitar a Adam.

Martin la llevó en su coche hasta el hospital, que estaba a las afueras de Edimburgo. Una vez en la habitación, donde Adam se recuperaba de la operación para enderezar su tabique nasal, Martin les dejó a solas para que hablaran con tranquilidad.

Al terminar la visita, fueron a un pequeño café situado en una plaza céntrica y tomaron un almuerzo ligero. Después pasearon por la ciudad entretenidos, mirando a la gente que iba y venía por sus bulliciosas calles empedradas.

Cuando volvieron a la casita de piedra, un coche oscuro y sin distintivos, que Martin Grant identificó como de la policía secreta, estaba aparcado frente a ella. Dos agentes vestidos de paisano les aguardaban delante de la puerta de entrada. Martin les invitó a pasar adentro y les sirvió unos cafés. A pesar de que los policías se mostraron muy amables con ella en todo momento, cuando acabó su declaración Vega sentía como si un camión lleno de escombros le hubiera pasado por encima.

–Lo has hecho muy bien, Vega –la felicitó Martin cuando los policías se marcharon. Cortó un poco de pan y queso, sirvió dos copas de vino y lo dejó todo en la mesita frente al sofá, donde Vega descansaba en su postura habitual, con los brazos rodeando sus piernas y la barbilla apoyada sobre sus rodillas.

–Eso espero. ¿Crees que ya estoy a salvo? ¿Podré volver a mi casa?

–Creo que sí. Con la información que obtuvieron anoche tras interrogar a los mafiosos que estaban en condiciones de hablar, la policía española detuvo esta mañana al jefe del grupo. Parece ser que fue Jaime Pedrosa el que se puso en contacto con los rusos para sugerirles tu rapto.

–Pensé que era mi amigo... –susurró Vega.

–Al parecer tenía numerosas deudas de juego y se había quedado con un alijo de cocaína de unos traficantes colombianos. Su vida corría serio peligro si no conseguía el dinero pronto.

–Puedo entender lo de las deudas y el dinero; lo que no alcanzo a comprender es ese odio que siente por mí.

Martin observó la expresión desconsolada de sus ojos dorados.

–Vega, hay gente mala en el mundo. No soy especialmente religioso, pero si alguien me preguntara: ¿crees que el diablo existe? Respondería sin vacilar que sí, sin lugar a dudas. Le he visto asomar la patita en más ocasiones de las que me gusta recordar.

La joven cogió su copa de vino y dio un sorbo, meditando sobre las palabras de Martin.

–Tienes razón. Yo también lo he visto; ayer me enfrenté con él. Martin, deseo darte las gracias...

El hombre hizo un gesto con la mano, como descartando la necesidad de agradecimientos.

–En serio, Martin. Puede que tú consideres que sólo cumplías con tu deber, pero yo te debo la vida y algo más... mi cordura. Si no hubieras llegado a tiempo...

–No pienses más en ello –le prohibió en un tono seco.

–No puedo evitarlo. Creo que nunca más me sentiré segura si tú no estás a mi lado...

Sus ojos se anegaron, pero con un esfuerzo, Vega consiguió contener las lágrimas.

–Lo que te ocurre es muy común entre las víctimas de secuestros. Desarrollan miedos e inseguridades que antes no estaban ahí y se vuelven hacia la persona que les rescató, como si fuera una especie de héroe o dios. Pero debes saber que eso no es real. Quizá necesites ayuda psicológica para superarlo, pero con el tiempo lo conseguirás.

La chica cerró los ojos con fuerza. Martin interpretó el gesto como una muestra de cansancio.

–Creo que será mejor que subas a dormir. Hoy también ha sido un día agitado y en estos momentos lo que más necesitas es descansar. ¿Quieres otro somnífero?

Vega negó con la cabeza.

–Será mejor que no; podría acostumbrarme a ellos.

-Como quieras.

Martin se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

-Que tengas felices sueños...

CAPÍTULO 13

Martin no supo qué era lo que le había despertado hasta que volvió a escucharlo una vez más.

Un grito de angustia atravesó las paredes. Al instante comprendió que Vega debía estar siendo víctima de una pesadilla. Descalzo y vestido sólo con los pantalones del pijama, se dirigió corriendo a la habitación de la chica.

Encendió la lámpara situada sobre la mesilla y vio a Vega moviendo la cabeza de lado a lado de la almohada con violencia, mientras trataba de apartar la pesada colcha con las manos, como si la oprimiera.

–¡No! ¡No! –gritó de nuevo. Las lágrimas corrían incontenibles por sus mejillas.

Martin trató de inmovilizarla agarrándola por los hombros y le habló con suavidad.

–Tranquila, Vega, despierta. Sólo es una pesadilla.

La joven seguía retorciéndose con los ojos cerrados.

–¡Suéltame!

–¡Vega, despierta! –su tono firme y sereno pareció filtrarse por el cerebro de la chica, que de repente abrió los párpados.

Al darse cuenta de que un individuo la sujetaba y descubrir su rostro casi pegado al suyo, asomó a sus ojos una mirada de terror descarnado que alarmó a Martin.

–¡Tranquilízate, Vega, soy yo, Martin!

–Martin... –por fin la joven pareció asimilar sus palabras.

–¡Martin!

La muchacha se arrojó sobre él y, abrazándose con fuerza a su cintura, apoyó su mejilla empapada contra su torso desnudo.

–Dios mío, Martin, pensé que... Notaba sus manos por todo mi cuerpo... Estuvo a punto de... por un momento creí que tú...

–Chist –la mandó callar con dulzura, apoyando su rostro contra su pelo mientras su mano subía y bajaba por su espalda en una tranquilizadora caricia.

–Vega, estás a salvo. Ese tipo ya no podrá hacerte daño. Pasará muchos años en la cárcel. No debes tener miedo.

Sus palabras y sus caricias hipnóticas actuaron como un bálsamo y la joven comenzó a tranquilizarse.

–Martin, no quiero que te vayas. No quiero que me dejes sola esta noche –suplicó, frotando su cara contra su pecho cada vez que pronunciaba la palabra no.

–Vega, eso es imposible.

–¡Te necesito! Quiero que te quedes aquí esta noche. Quiero que hagamos el amor.

–¡Vega, no sabes lo que pides! No eres tú misma; es la reacción al trauma de haber estado a punto de ser violada lo que habla por ti. No voy a aprovecharme de tu debilidad.

–No, Martin, te juro que soy perfectamente consciente de mis actos –afirmó, levantando la cabeza y enfrentándose a él con una expresión decidida–. Cuando Jaime

estaba sobre mí en aquel horrible lugar, me atormentaba pensar que iba ser ese individuo, arrastrado por el odio y la lascivia, el primero en poseer mi cuerpo. Pensé en las dos veces que tú y yo estuvimos a punto de hacer el amor y podría haberme dado de cabezazos contra la pared por haber desperdiciado la ocasión. Quiero que seas tú el primero; sé que me harás disfrutar, sé que borrarás las huellas que el contacto repugnante de ese tipo dejó sobre mi cuerpo. Si permito que el tiempo pase sin tratar de superar la impresión que me dejó el intento de violación, acabaré alzando nuevas barreras y quizá nunca llegue a conocer lo que es estar con otra persona. Quiero que seas tú, Martin Grant, mi primer amante. Te necesito esta noche. Te juro que será sólo esta noche...

Una oleada de deseo recorrió a Martin de la cabeza a los pies y Vega fue consciente de la inconfundible excitación sexual del cuerpo masculino. A pesar de todo, con un esfuerzo titánico, Martin intentó sobreponerse a la debilidad que amenazaba con arrastrarlo.

-No, Vega, no puedo hacerlo. Por mucho que lo desee, si me aprovecho de las circunstancias no podría perdonármelo. Un día te enamorarás de verdad de alguien y debes reservarte para él. Créeme, algún día me agradecerás que te haya dicho que no.

Comprendía que no sería justo hacerle el amor en esas circunstancias. La joven llevaba varios meses viviendo lejos de todo lo que le era querido y cercano, con él casi como única compañía. Luego le sobrevino la experiencia traumática de su secuestro y su liberación. Ya le había ocurrido en otras ocasiones con otras personas a las que había protegido, hombres hechos y derechos incluso, que al darse cuenta de lo incontrolable de la amenaza que se cernía sobre ellos, se sentían indefensos como una hoja a merced del viento de noviembre y se volvían hacia él como si fuera su único refugio.

Martin creía que Vega había desarrollado un síndrome parecido; ella le veía ahora como a su protector, el único hombre capaz de hacerla sentir a salvo. Lo que Vega necesitaba en estos momentos era alejarse de él, retomar su vida donde la había dejado y, de esa forma, recobrar su autoestima y la seguridad en sí misma.

Vega, consciente de que Martin la deseaba tanto como ella a él y que lo único que le detenía eran sus malditos escrúpulos; decidió que, aunque sólo fuera por esta vez, ese hombre sería suyo. Se apretó contra él y comenzó a derramar una lluvia de besos sobre su cuello, sus hombros, su pecho...

Notó cómo Martin se quedaba muy quieto bajo sus caricias, jadeando, y satisfecha al comprobar que su poder sobre él era tan fuerte como el que él mismo ejercía sobre ella, prosiguió con su plan de seducción, acariciando sus pezones con la lengua a la vez que rozaba su piel con las yemas de los dedos.

Martin Grant fue incapaz de seguir luchando consigo mismo. La única mujer a la que había amado en su vida le estaba pidiendo, más bien suplicando, que la hiciera suya. Hubiera tenido que ser un superhombre para negarse a hacer lo que más deseaba en el mundo. Con un suspiro que confirmó su rendición, enredó sus largos dedos en la sedosa melena de la chica y atrajo su boca hacia la suya. Se juró que haría de éste un momento inolvidable para Vega. Aunque no pudiera confirmarle el amor que sentía por ella con palabras, lo expresaría a través de sus manos, de su boca, de todo su cuerpo.

La descarga eléctrica que les recorrió a ambos cuando sus bocas de labios

entreabiertos se encontraron fue la confirmación de que su pasión, esa tensión sexual que experimentaron casi al instante de conocerse, era una fuerza irresistible que les había conducido hasta ese momento preciso; el momento de fundirse en un sólo cuerpo.

Las manos de Martin se deslizaron por todo el cuerpo de la chica tocando, rozando, probando, hasta que Vega sintió que todas las partículas de su ser se consumirían en esa llama abrasadora. Martin la tendió de espaldas sobre la cama y comenzó a desabrocharle con lentitud los botones de la camisa del pijama. Muy despacio le sacó una manga besando al tiempo la tersa piel de su hombro y después la otra.

A la escasa luz de la lámpara de la mesilla, que ninguno de los dos se había molestado en apagar, el hombre contempló los pequeños pechos desnudos que se alzaban muy erguidos. Teniendo cuidado de no aplastarla con el peso de su cuerpo, se tumbó sobre ella y empezó a lamerlos con deleite, como un hombre al que hubiesen privado de alimento durante mucho tiempo. Vega se arqueó y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados; una corriente de fuego líquido viajó desde sus senos hasta más abajo de su vientre. Sin embargo, las manos de la chica tampoco permanecieron ociosas y recorrieron el cuerpo masculino de arriba a abajo, al principio algo tímidas y volviéndose más atrevidas según transcurrían los minutos.

Martin sentía que iba a estallar. Todo su ser le pedía tomarla de una vez y descargar dentro de ella la pasión acumulada durante tantos días, pero se contuvo. Estaba decidido a hacer de esa noche algo memorable, que perdurase en el recuerdo de la joven aunque no volvieran a verse jamás, borrando para siempre de su mente cualquier temor que pudiera albergar.

–Martin... –Vega pronunció su nombre en un gemido. El tacto de sus manos amenazaba con llevarla a la locura.

Martin Grant terminó de desnudarla y, durante unos instantes, permaneció contemplando con admiración ese cuerpo suave y cálido, tan tentador, que se adaptaba al suyo como una segunda piel.

Vega abrió los párpados que había mantenido cerrados todo el tiempo y en un tono sensual, que Martin no le había oído antes, comentó:

–Espero que a mí también me esté permitido mirarte...

Martin lanzó una carcajada ronca y con un movimiento se desembarazó de los pantalones del pijama. Los ojos de la chica se deslizaron por el cuerpo atlético, rozando con sus pupilas el torso masculino, de músculos firmemente esculpidos y el vientre plano, sin un gramo de grasa superflua. Después se detuvieron con curiosidad sobre su esencia varonil y luego se deslizaron por las piernas largas y vigorosas. Decidió que era el ejemplar de hombre más bello que había contemplado en su vida.

–¡Eres guapísimo!

Martin rió divertido.

–Tú sí eres perfecta.

De nuevo se tendió sobre ella apoyando el peso de su cuerpo sobre los antebrazos. Deslizó su mano entre sus piernas, percibiendo su calor y la delatora humedad que revelaba la excitación de la joven. Con el pulgar trazó una serie de círculos en el centro

mismo de su ser, llevándola casi hasta el delirio. Martin, incapaz de resistir más y sabiendo que la chica estaba lista para recibirle, separó sus piernas, se colocó entre ellas y con mucho cuidado empezó a empujar.

Vega se quedó quieta percibiendo esa invasión de su cuerpo. En un momento dado, la barrera de su virginidad salió al paso de Martin y éste continuó presionando con suavidad hasta derribarla. En ese momento Vega sintió una punzada de dolor y Martin, consciente de que su cuerpo se había quedado rígido bajo el suyo, se detuvo dejando que se calmara.

–Ahora no dolerá más –prometió, depositando a lo largo de su cuello una serie de besos ligeros y exquisitos.

En cuanto notó que los músculos de la chica se relajaban, continuó empujando hasta introducirse de lleno en su interior. Después empezó a mecerse hacia adelante y hacia atrás sin salir nunca del todo, hasta que Vega sintió un anhelo de algo desconocido invadir todos los rincones de su ser. Su cuerpo, siguiendo un instinto atávico comenzó a moverse al mismo ritmo que el de Martin. En un momento dado, entrelazó sus piernas en torno a las caderas masculinas y, segundos después, una marea irrefrenable les arrastró a los dos más y más lejos, subidos en olas de placer cada vez más altas, hasta que estas rompieron por fin, dejándolos tendidos en el colchón, jadeantes y sudorosos, abrazados el uno al otro como si no fueran a separarse jamás.

La joven sintió como si todas sus energías la abandonaran de repente.

–Gracias, Martin –fue lo único que logró susurrar contra su pecho, antes de sumirse en un sueño profundo.

Agotado, Martin se echó a un lado temiendo aplastar a la joven con su peso, pero sin soltarla en ningún momento. Se quedó escuchando su respiración regular, mientras apartaba unos mechones húmedos de su rostro. Una inmensa paz le invadía; en ese momento no tenía dudas, ni le asaltaban los remordimientos. Sabía que todo eso llegaría con la luz del día, pero esa noche se limitaría a disfrutar de la maravillosa unión que juntos habían alcanzado.

–Te amo –le susurró al oído.

La estrechó aun más fuerte entre sus brazos y se quedó dormido.

CAPÍTULO 14

Al desperezarse, los recuerdos de la noche anterior empezaron a llegar como oleadas al cerebro de Vega y su cuerpo, agradablemente dolorido en ciertos lugares estratégicos, le confirmó que esas imágenes eran reales. Extendió la mano y sólo palpó el colchón vacío a su lado. La joven abrió los párpados con lentitud; la luz de la mañana inundaba la habitación a pesar de no ser un día soleado.

Descubrió a Martin sentado en una silla, junto a la cama, completamente vestido. La alegre sonrisa que había asomado a los labios de la chica se borró al instante al ver su expresión. Una vez más, la máscara tras la que se ocultaba tan a menudo había hecho su aparición. Sus ojos impenetrables y fríos la observaban con fijeza. Vega, consciente de repente de su desnudez, enrojeció y se subió las sábanas hasta la barbilla.

–Buenos días, Vega. He hablado hace unas horas con tu padre. Ha alquilado un jet privado y llegará aquí lo antes posible para recogerte y llevarte con él a Madrid.

Fue como un puñetazo en pleno rostro. La chica intentó disimular lo herida que se sentía.

«¿Qué pensabas?», se dijo enfadada, «sabías desde el principio que esto no llegaría a ningún sitio. Conseguiste lo que querías ¿no? Ahora debes pagar el precio».

–Gracias, Martin –le contestó con una calma que incluso a ella la sorprendió–. Será bueno volver a casa y olvidar estos últimos meses. Debo retomar mi vida y seguir adelante.

–Vega, yo... Siento lo de anoche...

–No lo sientas, Martin. Lo de anoche fue una experiencia maravillosa. Antes o después tenía que ocurrir y estoy contenta de que haya sido contigo. No me arrepiento de nada y me gustaría que tú tampoco lo hicieras –declaró la chica, mirándole a los ojos.

Vega percibió cómo apretaba los puños y el músculo en su mandíbula vibró una vez más.

–¿Eres consciente de que lo de anoche podría traer consecuencias?

–¿Consecuencias? –de repente los ojos de la joven se agrandaron al darse cuenta, por fin, de lo que él quería decir.

–Me he portado como un auténtico bastardo inconsciente y quiero que sepas que me hago responsable de lo que pueda ocurrir. Quiero que cuentes conmigo si... pasa cualquier cosa.

–Gracias de nuevo, Martin, nadie podrá acusarte nunca de ser un hombre que da la espalda a sus responsabilidades –comentó la muchacha con un leve toque de sarcasmo asomando a su voz–. Pero no hace falta que te preocupes por nada. Si ocurriera cualquier cosa, como tú dices, sé que contaré con el apoyo de mi padre para respaldarme sea cual sea el camino que decida seguir.

Martin contempló las delicadas y orgullosas facciones de la joven. Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no arrojarse sobre ella y volver a hacerle el amor hasta que confesara a gritos que le amaba. Deseaba que Vega estuviera embarazada; sentía que haría cualquier cosa para retenerla a su lado, aunque fuera a la fuerza. Pero ella se mantenía fría

y distante. Quizá simplemente le había utilizado para apaciguar sus miedos, al fin y al cabo era el hombre que tenía más a mano; tal vez los acontecimientos de la noche anterior no habían significado lo mismo para ella.

La rabia amenazaba con dominarle. Se acercó y se sentó en el borde de la cama. La joven no se movió, mirándole retadora mientras mantenía las sábanas bien sujetas sobre su pecho. La mano de Grant se posó sobre su hombro, acariciando la tersa piel desnuda con suavidad. Vega contuvo la respiración intentando aparentar tranquilidad. Sintió las pupilas de Martin clavadas en las suyas, como una batalla de iris dorados contra plateados, percibió cómo se dilataban las aletas de su nariz y se dio cuenta de que Martin Grant no era tan inmune a sus encantos como quería aparentar.

–Vega...

El hombre pronunció su nombre como una caricia, provocándole una debilidad que amenazaba las defensas que había alzado ante él.

–Debo hacerlo –le pareció entender esas palabras, escapando entrecortadas entre los dientes apretados de Martin, antes de que éste se levantara con brusquedad de la cama y se quedara de pie, de espaldas a ella, contemplando la vista desde la ventana.

–Prepárate, tu padre no tardará en llegar –ordenó Grant recuperando el tono normal de su voz.

Sin dirigirle una sola mirada más, salió de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas.

La joven se levantó como una autómatas y empezó a recoger sus cosas. Parecía como si una fuerza gigantesca hubiera succionado todas sus energías, dejándola como una cáscara vacía. Cuando lo tuvo todo recogido se sentó frente al escritorio, esperando a que llegara su padre. Se sentía incapaz de enfrentarse a Martin ella sola, sabiendo que le amaba y que él, en cambio, lo único que sentía por ella era pura atracción física. Puede que fuera el primer hombre con el que se acostaba, pero algo le decía que el éxtasis que habían compartido horas antes no era lo habitual. Tendría que aprender a vivir el resto de su vida con ese recuerdo, pero no había mentido cuando le dijo que no se arrepentía de nada.

Si pudiera volver atrás en el tiempo, se entregaría de nuevo a él sin dudar.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí sentada, mirando al vacío, pero el ruido de la puerta principal al abrirse la sacó de su abstracción. Oyó la voz de su padre saludando a Martin y, corriendo, bajó las escaleras y se arrojó a los brazos del recién llegado.

–¡Papá! –lágrimas de alegría rodaron por sus mejillas, mientras su padre la estrechaba con fuerza, visiblemente emocionado.

–¡Vega, mi vida!

La joven escuchó el ruido de la puerta al cerrarse y se imaginó que Martin Grant les dejaba para que pudieran hablar a solas.

–¿Estás bien, Vega? Cuando Martin me llamó esta mañana no podía creerlo. Durante el viaje en el avión estaba tan preocupado...

–Papá, estoy bien, de verdad. Gracias a Martin. Me rescató justo a tiempo.

–Sabía que hacía bien en confiarte a Grant. Siempre ha sido una persona con la que poder contar.

La joven se limitó a seguir abrazada a su padre, sin contestar.

–Quiero volver hoy mismo a Madrid.

–¿Seguro? ¿No deseas descansar unos días? Podemos quedarnos en the Scotsman en Edimburgo hasta que te recuperes un poco.

–No papá, deseo regresar cuanto antes a Madrid. Quiero volver a casa.

–Como quieras, querida.

Cuando regresó Martin media hora después, el padre de Vega le comunicó que se marchaban.

–Muchas gracias por todo Martin. Mi hija me ha contado lo que has hecho por ella y te estaré eternamente agradecido.

Ambos se estrecharon la mano con cordialidad. Vega contempló a los dos hombres altos y elegantes que estaban frente a ella y no pudo evitar compararlos. A pesar de que su padre ya estaba cerca de los setenta, entendía por qué él y Martin se llevaban tan bien. Tenían muchas cosas en común, ambos eran hombres activos, inteligentes, seguros de sí mismos y podían ser despiadados si la ocasión lo requería.

Le llegó a la joven el turno de decirle adiós, quizá para siempre.

–Una vez más, gracias por todo, Martin Grant –Vega le tendió la mano, pero Martin la ignoró.

La agarró por los hombros –tan fuerte que dos días después las huellas de sus dedos todavía destacaban oscuras contra su piel– y se inclinó a darle un beso en cada mejilla.

–Ha sido un placer, Vega de Carrizosa, echaré de menos tus guisos...

Antes de soltarla, le susurró al oído:

–Cualquier cosa... avísame.

La joven le sonrió con dulzura y se dio la vuelta con rapidez, procurando que no se percatara de las lágrimas que inundaban sus ojos.

Martin los acompañó hasta el exterior y se quedó contemplando cómo el chófer ponía en marcha el vehículo. Antes de que el coche se alejara del todo vio cómo Vega se daba la vuelta y agitaba la mano en un adiós postrero. Inmóvil, esperó hasta que el vehículo desapareció tras una curva del camino. Después dio la vuelta y se metió de nuevo en la casa, que parecía extrañamente vacía sin la presencia de la muchacha. Incluso Oberon la buscaba como un alma en pena por los rincones.

–Ya no volverá, muchacho –afirmó rascando al perro detrás de las orejas.

Se sentó en una de las sillas de la cocina y, apoyando los codos sobre la mesa, se sujetó la frente con las manos. Le extrañó que el dolor que sentía fuera físico; tan real como el de una aguja clavada en el estómago.

–Debemos olvidarla, Oberon. La deliciosa señorita

Vega de Carrizosa no es para nosotros...

Pero sabía que jamás olvidaría las sensaciones de la noche anterior mientras le hacía

el amor.

Nunca le había conmovido tanto estar con una mujer. Por primera vez comprendió la expresión, tan trillada, de volverse una sola carne. Para él no había sido un mero encuentro sexual, sino la comunión de dos personas en una armonía perfecta. Quizá Vega no se había percatado de lo extraordinario de lo ocurrido, ella no tenía experiencia, no podía comparar. Pero a él, Martin Grant, no le cupo la menor duda de que lo que sentía por Vega no era una locura pasajera, un enamoramiento momentáneo, sino el reconocimiento de una persona como esa pieza que todo individuo busca para completar su propio yo.

A pesar de lo temprano de la hora, decidió servirse un whisky; no encontraría un momento mejor para emborracharse un poco.

Sentada en uno de los asientos de cuero del lujoso jet privado, Vega miraba por la ventanilla contemplando las esponjosas nubes. Sólo hacía unas horas que no le veía y ya añoraba a Martin. Su padre, como si presintiera su depresión, trató de animarla.

–Las invitaciones a todo tipo de fiestas se acumulan en la bandeja del recibidor. No vas a tener un minuto libre para pararte a pensar; será lo mejor para que olvides los horrores de los últimos días.

–No sé si tengo ánimos para tanta fiesta, papá. Tengo la tesis casi terminada, creo que voy a intentar sacarme el doctorado.

La cara de su padre se animó con una sonrisa de satisfacción.

–¡Me parece perfecto! Siempre has sido una chica lista. Con el doctorado podrás encontrar ese trabajo de investigación en la universidad que siempre has deseado.

–Y Martin, ¿tú crees que ya tendrá una nueva posible víctima a la que cubrir las espaldas? –no pudo resistirse a hacerle la pregunta.

–Martin está demasiado ocupado para eso. Aceptó hacerse cargo de ti como un favor personal.

Su trabajo le ocupa demasiado tiempo.

–Bueno, no me pareció que su pequeño negocio le mantuviera muy agobiado.

–¿Pequeño negocio dices? Es una de las mayores empresas de seguridad del reino unido.

Martin Grant es un tipo muy listo. Ya me lo pareció cuando trabajaba para mí; por eso accedí a hacerle un pequeño préstamo. Me lo devolvió con creces. Ahora poseo varios cientos de acciones de su empresa y créeme, los beneficios son formidables. En pocos años será casi tan rico como yo.

La joven se quedó sin habla.

–Él mismo me dijo que era dueño de un pequeño negocio. Nunca hizo alarde de ser millonario.

–Grant es un tipo sencillo. A pesar de su origen humilde, no perdió la cabeza cuando empezó a nadar en dinero. Por eso me gusta, es un hombre que sabe lo que quiere

y no se deja llevar por las apariencias.

Vega trató de digerir esa nueva información.

«Ya ni siquiera querrá estar conmigo por mi dinero», pensó irónica.

Soltó una amarga carcajada y, al preguntarle su padre qué era eso tan gracioso, no le contestó.

CAPÍTULO 15

Una mañana de mediados de junio, Vega tomaba el sol tumbada en una de las hamacas de la piscina de su casa de Madrid. Le resultaba una delicia sentir el calor del sol, todavía no demasiado potente, sobre su cuerpo. A la vuelta de Escocia se había refugiado en sus estudios evitando pensar.

Durante los últimos meses había trabajado duro para poder exponer su tesis ante el tribunal. El martes anterior se había examinado y aunque superó la prueba con una de las notas más altas, el tremendo esfuerzo realizado le había pasado factura y ahora se sentía tan agotada, que lo único que había hecho en los días que siguieron fue arrastrarse de la cama a la hamaca y de la hamaca a la cama.

Permaneció relajada y satisfecha hasta que notó que una sombra se interponía entre el sol y ella.

Fastidiada abrió los ojos pensando que sería una nube, aunque el cielo le había parecido totalmente despejado cuando decidió salir afuera.

No era una nube.

El obstáculo que interfería entre los rayos del sol y su cuerpo era una figura masculina de elevada estatura.

Incrédula susurró:

–¿Martin?

–¡Hola, Vega!

La joven lo contempló boquiabierta. En efecto se trataba de Martin Grant, vestido con unos pantalones chinos color beis claro y una camisa azul pálido con los puños remangados hasta el codo.

Estaba bronceado y su pelo, algo más largo, parecía más rubio. La joven sólo cerró la boca cuando se dio cuenta de que los ojos plateados también la recorrían con avidez de arriba a abajo, sin perderse un sólo detalle de su esbelta figura ataviada con un minúsculo bikini verde.

–¿Qué haces aquí? –preguntó la joven cubriéndose con una camisola semitransparente de alegres colores, para escapar de su mirada.

–Recuerdo que una vez me dijiste que si venía a Madrid te llamara y correrías a buscar tu delantal y tu libro de recetas. Vengo a recordarte tu promesa...

–Vienes en mal momento –contestó displicente– estoy tan cansada que cualquier pequeño esfuerzo minaría mi salud para siempre.

–Enhorabuena Doctora De Carrizosa.

–¿Cómo te has enterado?

–Digamos que tu padre me ha mantenido informado sobre ciertos asuntos que me interesaban: cómo iba tu tesis doctoral, cuándo te examinabas, cuál era tu estado de ánimo y... alguna cosa más...

La joven, horrorizada, se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

–¿No le habrás...?

Martin la observó burlón, con esa sonrisa torcida que no había perdido su capacidad de acelerarle el pulso al límite.

–¿No le habré...?

–No te hagas el tonto. Lo sabes perfectamente –contestó la joven, furiosa–. Tranquila, Vega, no le he preguntado si estabas embarazada.

El color rojo de las mejillas de la chica subió dos tonos más.

–Me imaginé que si ese era el caso, sería él el que vendría a preguntarme a mí...

–Eres... –la joven se contuvo–. No me gusta nada que tú y mi padre habléis de mí a mis espaldas.

Martin alzó una mano en un gesto apaciguador.

–Paz, Vega. No he venido a Madrid para pelearme contigo.

La chica le miró especulativa, con sus ojos dorados echando chispas.

–¿Ah, no? Entonces ¿a qué has venido, si puede saberse? ¿No deberías estar trabajando en ese pequeño negocio de temas de seguridad del que vives? Son malos tiempos para las pequeñas empresas –comentó, enfatizando sarcástica el adjetivo.

Martin lanzó una carcajada que le marcó las pequeñas arrugas de las comisuras de sus ojos.

–¡Caramba, Vega! Así que por fin te has enterado de que no estoy interesado en la fortuna de la pequeña heredera.

La joven recordó la conversación que había mantenido con su padre en la casita de Escocia, mientras Martin lavaba los platos.

–Así que entiendes español.

–Pasé dos años en España, cariño. Nunca está de más conocer otro idioma.

–Te agradecería que no me llamas cariño –contestó la joven, indignada–. ¿Se puede saber en cuántas cosas más me engañaste?

Martin sujetó la barbilla femenina entre su dedo índice y el pulgar, obligándola a mirarle a los ojos.

–Niego haberte engañado en nada. Simplemente, no te conté toda la verdad.

–¡Suéltame! ¡No me toques! –ordenó la joven desasiéndose con brusquedad.

–Te prometo que lo intentaré, Vega, pero me va a costar mucho mantener esta promesa; estás todavía más encantadora de lo que recordaba.

De nuevo la sangre invadió las mejillas de la chica. Ese maldito hombre conseguía hacer que se sintiera una estúpida con sólo mirarla con esos malditos ojos color plata y esa, dos veces maldita, sonrisa ladeada.

–Dejemos de desvariar y volvamos al tema que nos ocupa –propuso la joven con severidad–. ¿A qué demonios has venido?

–¿No es evidente? He venido a verte.

–¿Por qué?

–¿Porque lo necesitaba?, ¿porque durante estos últimos seis meses no he parado de pensar en ti? ¿Porque Oberon todavía te busca por las esquinas? ¿Porque echo de menos

los deliciosos platos que me preparabas?

De pie a su lado, incapaz de moverse o de apartar la vista de esas pupilas que parecían quemarla, Vega sentía que le faltaba la respiración. Los ojos de Martín resbalaron por su pelo, que lucía nuevos mechones dorados ahí donde el sol lo había tocado, recorrió su cuerpo exquisito apenas velado por la camisola trasparente, y sus piernas largas y esbeltas, que siempre le habían enloquecido.

Después volvieron a posarse sobre sus delicadas facciones deteniéndose en sus labios, entreabiertos por el asombro.

–Creo que voy a tener que romperla.

–¿El qué? –preguntó la joven con voz ronca, como si saliera de un trance.

–La promesa que te acabo de hacer.

Con un movimiento fluido enredó una mano en el cabello detrás de su nuca, colocó la otra en su cintura y la atrajo hacia sí besándola con tanta pasión, que la chica pensó que si la soltaba en ese momento sus piernas cederían y caería al suelo.

Fue como volver a casa. La joven perdió la noción del tiempo y del espacio; para ella sólo existía esa boca perturbadora que anulaba su voluntad por completo.

–Ejem, ejem.

Un carraspeo sonó a sus espaldas, haciendo que Martín la soltara en el acto. La joven descubrió a su padre, que se acercaba con el periódico debajo del brazo y un vaso de zumo de naranja en la mano e, increíblemente, logró ponerse más roja de lo que ya estaba. Martín, sin embargo, se volvió hacia él sin ningún embarazo aparente y le saludó efusivo tendiéndole la mano.

–¡Buenos días, Enrique! Encantado de volver a verte.

–Buenos días, Martín, creo que mi hija también está encantada de volverte a ver a ti.

–¡Papá!

–Sólo es una impresión personal, hija mía, no sueles recibir a tus amigos de esa forma tan... afectuosa.

La joven rezó para que se la tragara la tierra, mientras observaba rabiosa cómo Martín reía divertido, sin mostrar ni un asomo de turbación.

–Ja, ja. Como veo que los dos lo pasáis fenomenal juntos, os dejaré solos para que os contéis un par de chistes más –declaró Vega, furibunda, recogiendo su toalla.

–No te enfades, Vega –rogó Martín, agarrándola de la mano para que no se marchara–. Como supuse que estarías cansada y no querrías prepararme la comida, te propongo un picnic. Sé que hace un mes fue tu cumpleaños y, para celebrarlo, llevo una cesta llena de cosas ricas en el coche que me gustaría compartir contigo.

–¿Qué tipo de cosas? ¿Lentejas de lata, atún en conserva y natillas de sobre?

–Te prometo que te gustará lo que he comprado.

–No sé si podré confiar nunca más en tus promesas... –contestó la chica con malicia.

–¡Touché!

–¿Donde tenías pensado ir?

–Conozco un lugar muy bello en el que podremos hablar con tranquilidad en la Sierra de Guadarrama. Así que coge un jersey por si acaso.

–Está bien, iré a cambiarme. Espero que te portes como un caballero.

–Lo juro –prometió Martin llevándose una mano al corazón.

Diez minutos después la chica, vistiendo unos *shorts* vaqueros, un polo rosa y unas zapatillas de lona y con un jersey grueso colgando de su brazo, estaba lista para marcharse con él.

Se subieron al mini cooper descapotable que Martin había alquilado y en seguida estuvieron camino de la sierra. Durante el trayecto, Vega no dejó de hacerle preguntas sobre las personas que había conocido durante su estancia en Escocia, en especial todo lo relativo a Adam.

–Adam está totalmente recuperado, la nariz se le ha quedado un poco torcida, pero apenas se nota. Me extraña que no haya permanecido en contacto contigo. ¿Ni siquiera habéis intercambiado correos electrónicos?

La chica se revolvió incómoda en su asiento.

–Bueno...

Martin le dirigió una mirada de soslayo.

–¿No vas a contarme lo que pasó entre Adam y tú?

La joven se encogió de hombros.

–Cuando fui a visitarle al hospital me sentía responsable de que estuviera así por mi culpa... me dio tanta pena... me acerqué a él, le cogí de la mano y... de repente me abrazó y me besó... y...

Los nudillos de Martin se pusieron blancos sobre el volante, pero Vega estaba tan enfrascada en su historia que no se dio cuenta.

–¿Y...? –preguntó Martin con los dientes apretados.

–Me dijo que estaba enamorado de mí... el pobrecillo...

Se quedó callada contemplando los enormes pinos de Valsaín a ambos lados de la carretera.

–¡Caramba, Vega, me estás poniendo nervioso! ¿Por qué no terminas la historia?

La chica dio un respingo, sobresaltada.

–Pues nada, que tuve que decirle con toda la delicadeza que pude que yo no estaba enamorada de él y la verdad, no fue agradable, porque me sentía culpable y... el pobre Adam al final tenía lágrimas en los ojos... y se enfadó. En resumen: hemos perdido el contacto.

–Bueno, Vega, son cosas que pasan, no pudiste evitar que se enamorara de ti –comentó Martin sintiendo que el sol brillaba con más fuerza.

Continuaron el viaje charlando alegremente. Vega todavía no podía creer que Martin estuviera allí, sentado a su lado en el pequeño mini; trataría de disfrutar del

momento sin pensar más allá.

Todavía le temblaban las rodillas al recordar el beso que le diera en su casa.

Desconocía los motivos por los que había venido a Madrid, pero no bajaría la guardia. No deseaba volver a pasarlo tan mal como los meses posteriores a su vuelta de Edimburgo. Si este insoportablemente atractivo individuo pensaba que podía aparecer y desaparecer de su vida cuando le diera la gana estaba muy equivocado.

Tras una hora de viaje, Martin abandonó la pequeña carretera llena de curvas y se adentró por un sendero sin asfaltar. Más adelante, una valla impedía el paso a los vehículos de motor, así que aparcó el coche a un lado del camino.

–Hacía años que no venía a la sierra –comentó Vega aspirando el olor a resina con deleite.

–¿Cómo es que conoces esto tan bien?

–Como me imagino que sabes por la situación de mi casa en Escocia, me encanta la naturaleza.

Durante los años que pasé aquí, en cuanto tenía un día libre abandonaba el asfalto y el tráfico de la ciudad y me escapaba a recorrer los alrededores. Hay un montón de sitios preciosos y salvajes a pocos minutos de Madrid.

Martin sacó una enorme cesta del maletero del coche.

–Tendremos que andar un par de kilómetros.

–¿Puedo ayudarte? Esa cesta tiene pinta de pesar una tonelada.

–Toma –dijo Grant tendiéndole una gruesa manta escocesa.

–Desde luego, Martin, eres una joya. Piensas en todo.

El camino que tomó Grant era algo empinado y no se encontraron a nadie durante la media hora que duró el recorrido. Por fin llegaron a un pequeño claro en el bosque. El riachuelo que corría por ahí se ensanchaba en una especie de poza poco profunda. Al lado del río, una roca plana recibía la fresca sombra de un inmenso pino.

–¿Qué te parece?

–Es el sitio perfecto para un picnic –afirmó Vega con aprobación.

Extendió la manta sobre la roca y Martin empezó a sacar cosas de la cesta.

–Primero pensé en traer champán para celebrar tu cumpleaños y tu doctorado, pero luego pensé que el champán caliente... He traído una botella de vino, la podemos refrescar un poco metiéndola en el agua.

–Me parece una idea estupenda. ¡Dios mío, Martin, un Vega Sicilia! Desde luego has tirado la casa por la ventana.

–Recuerda que celebramos tu cumpleaños y tu doctorado; la señorita se merece lo mejor.

Sin detenerse, Martin comenzó a arrojar cosas sobre el regazo de la chica.

–Veamos qué es lo que hay por aquí: una lata de foie, otra de caviar, jamón ibérico, dos barras de pan, aceitunas...

–Para, para... la verdad es que me muero de hambre; tiene todo una pinta exquisita.

–Hasta he traído el postre –añadió mostrándole una caja con aire de triunfo.

–¡Trufas de chocolate! ¡Me encantan!

Sentado en la manta, Martin comenzó a preparar bocaditos que luego le iba pasando a Vega. La comida resultó muy animada y entre los dos casi consiguieron acabar con todo lo que había en la cesta.

Al terminar, Vega, amodorrada por el vino, el aire cálido y la abundante comida se tendió sobre la manta y cerró los ojos con un suspiro satisfecho.

Martin permaneció sentado contemplándola, con sus brazos rodeando la pierna que tenía doblada. No había mentido cuando le dijo que estaba más guapa que nunca; sólo de mirarla le subían las pulsaciones.

–Vega...

–Hmm.

–Vega... –ahora la joven escuchó esa voz acariciadora a menos de dos centímetros de su oído y abrió los ojos sobresaltada.

Martin Grant estaba tendido de lado, a escasa distancia de su cuerpo, apoyado sobre su codo derecho mirándola con fijeza. Algo en sus ojos grises hizo que la carne de los brazos de la joven se le pusiera de gallina. La chica se sintió en ligera desventaja y, separándose un poco adoptó la misma postura que él.

–Martin...

Grant no pudo evitar sonreír al escuchar su tono ligeramente desafiante.

–Te he echado de menos.

Vega sintió que se le derretía el cerebro, pero no podía permitirse perder la cabeza por ese hombre otra vez.

–Sí. Imagino que la monotonía de tus comidas ha influido en ello.

Martin sonrió, pero en seguida se puso serio y alargó una mano para deslizarla por su brazo.

–Eso también, pero sobre todo echaba de menos ver tu cara todos los días, el olor de tu champú, nuestros paseos por el campo, nuestras conversaciones...

La joven respiró hondo, haciendo un esfuerzo descomunal para no arrojarse en sus brazos y suplicarle que se quedara con ella para siempre.

–Quizá ha llegado el momento de refrescarte la memoria –comentó la joven en un tono calmado, muy distante del tumulto que percibía de su corazón–. Te recuerdo que fuiste tú el que, tan pronto como pudiste, telefoneaste a mi padre para que viniera a recogerme y no has sido capaz de ponerte en contacto conmigo ni una sola vez durante estos últimos meses para preguntar cómo me encontraba...

–Y no puedes imaginar lo que me costó llamar a tu padre y no llamarte a ti.

–Mira, Martin, te agradezco la sorpresa de presentarte en casa y llevarme de excursión para celebrar mi cumpleaños con un mes de retraso. He disfrutado mucho del picnic; todo estaba delicioso y este lugar es muy bello, pero eso no te da derecho a aparecer de repente y besarme y acariciarme cuando te dé la gana.

Martin se incorporó y se quedó sentado con las piernas cruzadas; cogió un hierbajo

y se lo puso en la boca, con la vista perdida en el paisaje a su alrededor.

–Verás, Vega, es más complicado que todo eso.

–¿De veras? Quizá si me lo explicaras podría entenderlo, no soy completamente estúpida. ¿Sabes?

Martin Grant se volvió hacia ella. Su gesto era hermético y con un tono frío que no dejaba traslucir sus emociones comenzó a explicarle:

–Tuve que alejarme de ti. Acababas de sufrir una experiencia terrible y te aferraste a mí como si yo fuera el único ser capaz de protegerte del sinsentido de la vida. Me ha ocurrido antes con otras personas a las que he prestado mi protección. No creas que no me sentí tentado de aprovechar la ocasión y retenerte a mi lado, pero eso no hubiera sido real. Era necesario que regresaras a tu ambiente: a tu casa, tus amigos, tus estudios... En resumen, todo lo que para ti era familiar y tranquilizador.

–Volver a mi vida real y perder el miedo... –la joven observó sus rasgos firmes y algo severos.

Comenzaba a entender su razonamiento, pero la frialdad de su actitud la hacía vacilar.

–Exacto. Necesitaba estar seguro de que si decidías permanecer a mi lado era porque realmente lo deseabas y no porque te asustase enfrentarte sola al mundo.

–Y tú crees que eran necesarios más de seis meses para que yo recuperase la confianza en mí misma. Seis meses sin recibir una sola palabra de aliento, sin recibir ninguna noticia de ti –un leve reproche asomaba en su voz.

–Me mantuve en contacto permanente con tu padre para enterarme de tus progresos. Siempre supe que, bajo tu apariencia frágil, eres una persona resistente y muy valiente. No te llevó mucho tiempo recuperar tu vida y enseguida te lanzaste a disfrutar de tus actividades anteriores con aparente despreocupación. Tal vez podría haber venido antes, pero quería estar seguro de que eras la misma Vega que se enfrentó a mí armada con un bolígrafo.

–¿Te asusté, verdad?

Su sonrisa torcida asomó de nuevo.

–Estaba aterrorizado.

Vega recuperó de nuevo la seriedad y, sin apartar sus ojos de los de él, le preguntó:

–Me gustaría saber por qué has vuelto...

–¿Todavía no lo sabes? –la mirada de Martin pareció acariciarla y la joven creyó que le faltaba el aire.

–Quizá sospecho algo...

–¿Sólo sospechas? –preguntó Martin, inclinándose sobre ella y enredando un mechón de la larga melena alrededor de su dedo.

Los latidos de su corazón atronaban en los oídos de Vega.

–Creo que necesito más pistas...

–Pues ahí va una y estate atenta, que es importante.

La cogió por los antebrazos y la ayudó a incorporarse hasta que quedó de rodillas

frente a él, los ojos femeninos a la altura de los suyos y mirándola fijamente, declaró:

–Te quiero.

–Martin... –fue lo único que la joven fue capaz de articular, sintiéndose desfallecer.

–Te quiero, Vega, quiero que te cases conmigo, quiero que tengamos hijos, quiero engordar con tus guisos...

–Ya sabía yo que a los hombres se les conquista por el estómago –trató de bromear la joven a pesar del temblor de su voz pero, al mirarle, percibió el amor sin reservas en sus ojos y tragó saliva.

–¿Martin, estás seguro?

–Nunca he estado más seguro de nada en mi vida –contestó él con sencillez.

La joven le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí con brusquedad, besando esos labios que tanto había echado de menos.

Permanecieron largo rato estrechamente abrazados, con sus bocas unidas en un beso sin fin, profundamente conmovidos por lo extraordinario del vínculo que les unía.

De repente, Vega apartó sus labios de los de Martin como si se le acabase de ocurrir una cosa muy importante.

–¡Caramba, Martin, ahora parecerá que la mercenaria soy yo! Todo este tiempo pensando que me querías sólo por el dinero de mi padre y resulta que es al contrario; era yo la que estaba decidida a pescarte como fuera –comentó con los ojos despidiendo chispas burlonas.

–¿Quieres decir que sólo me quieres por mi dinero?

–Ahá –contestó la joven besándole en el cuello.

Martin Grant se estremeció de deseo.

–Bueno, entonces no te importará que confiese que no soportaba la idea de tener que comer más estofados de lata y que por eso te pedí que te casaras conmigo.

Al decir eso, tendió a la chica con suavidad sobre la manta y deslizó una mano bajo su polo, acariciando su torso. Vega perdió el hilo de la conversación y ya sólo fue capaz de concentrarse en el recorrido de esos dedos cálidos que, a pesar del tiempo transcurrido, no habían olvidado la manera de enloquecerla.

–Martin –trató de recuperar la cordura.

–Dime, Vega –preguntó mordisqueando los labios de la joven mientras sus dedos acariciaban su vientre liso, percibiendo la piel tersa y ardiente bajo las yemas de sus dedos.

–Martin, estamos a plena luz del día, en un lugar público. Puede venir alguien...

–Espero que no; si alguien viene se va a sentir muy incómodo –contestó Martin subiéndole el polo y apartando el sujetador de encaje que llevaba la chica. Luego agachó la cabeza empezó a succionar uno de sus pechos.

Vega renunció a hacerle entrar en razón.

Con el ansia reprimida durante seis meses, los dos se entregaron a hacer el amor como si no hubiera un mañana. Sus labios y sus dedos besaron, acariciaron y tocaron como si, a través de ellos, quisieran aprenderse de memoria el cuerpo del otro.

Cuando al fin estaban los dos al límite de su resistencia, tumbados sobre la manta que habían extendido sobre la piedra, completamente desnudos bajo el sol; Martin alzó la cabeza de la boca de la chica y, con una entonación no muy firme declaró:

–Vega, todavía no me has dicho que te casarás conmigo.

La joven jadeó, a punto de estallar de deseo.

–Martin Grant, no me hagas esto...

–Deseo hacer una mujer honesta de ti... además no quiero sentirme utilizado; un hombre de usar y tirar. Eso mermaría mi autoestima.

Vega lanzó una risita nerviosa, pues las manos de Martin no paraban de acariciarla.

–Está bien –confirmó con voz sofocada–. Me casaré contigo. Pero que conste que lo hago obligada. Creía que eran más bien las mujeres las que llevaban a los hombres al borde de la locura y luego se negaban a continuar.

Como venganza, Vega le acarició con mayor atrevimiento y Martin, incapaz de resistir más, la besó con ansia y le hizo el amor hasta que ambos alcanzaron y superaron las alturas de su primer encuentro.

Minutos después, exhaustos y bañados en sudor permanecían aferrados el uno al otro, como dos náufragos a su tabla de salvación. Martin apoyó su mejilla en el pelo de la chica y sintió que sus ojos se llenaban de una humedad sospechosa.

«¡Alto ahí!», se dijo, «los mercenarios no lloran».

CAPÍTULO 16

–¿Y tú qué dices señorita?

La chiquilla, una preciosa niña rubia de casi tres años, le miró con sus grandes ojos castaños.

–Quiero ver a los osos panda.

Martin miró por la ventana y vio que el cielo resplandecía con un intenso color azul; la mañana primaveral invitaba a disfrutarla.

–Tú ganas, iremos al zoo.

Vega los miró divertida. Los tres estaban sentados en la mesa de la cocina desayunando.

–Te recuerdo, Martin, que es martes. Hace al menos una hora que deberías estar en la oficina...

–¿Y qué ventajas tiene ser el jefe si no puedes tomarte de vez en cuando un día libre?

–Isabel, no deberías aprovecharte de papá. Es incapaz de decirte que no –le dijo a la niña con fingida severidad.

Isabel soltó una carcajada, encantada de ser el centro de atención de sus padres.

–Venga, Vega, hace un día maravilloso. ¿Qué mejor sitio que el zoo para pasear en una preciosa mañana como esta?

La joven sonrió mirando su atractivo rostro, alzado hacia ella con expresión suplicante.

–Debería terminar este documento. Mañana nos vamos a Escocia y no sé si podré tenerlo listo a tiempo. Además, más tarde tenemos que pasar por casa del abuelo para despedirnos...

–Anda, Vega, sabes que en Edimburgo también tendrás acceso todas las fuentes que necesites.

–Sí, mamá, venga. Tenemos que ver a De de y a po antes de irnos, si no ya no serán bebés.

Vega no pudo resistirse a los ruegos de dos de las tres personas que más amaba en el mundo.

Recorrieron las distintas instalaciones del zoo, ajenos a la atención que despertaban entre las escasas personas que paseaban por allí un día entre semana.

Una preciosa niña flanqueada por un hombre alto y atractivo y una mujer bella y esbelta; parecían una familia que se hubiera escapado del anuncio de una revista de moda.

Al llegar frente al recinto de los osos panda, la pequeña se adelantó impaciente, mientras sus padres, sin perderla de vista ni un momento, la seguían con las manos entrelazadas.

La chiquilla miraba a los ositos lanzando pequeños gritos de alegría, sin parar de señalar a sus padres todo lo que llamaba su atención.

–Estimada doña Vega de Carrizosa, señora de Grant ¿podría explicarme qué balance hace usted de estos últimos cinco años? –preguntó Martin agarrándola por la cintura y sintiéndose un hombre absolutamente feliz.

–Hmm. Déjame pensar –contestó ella recostándose contra su hombro, al tiempo que rodeaba la cintura masculina con su brazo.

–En estos cinco años no he parado de hacer y deshacer maletas. Vivir entre Madrid y Escocia a veces puede resultar estresante.

–Pero tú adoras los dos sitios... –afirmó Martin besándole el pelo.

–Cierto. Tengo un trabajo que me encanta y la suerte de poder realizarlo sin que importe el lugar en el que resida.

–Punto para la vagabunda familia Grant...

–Tengo una hija preciosa a la que adoro.

–Es igualita que tú...

–Y la suerte maravillosa de saber que volveré a ser madre dentro de poco.

Martin alargó su mano y la posó sobre el vientre aún plano de su mujer con un gesto posesivo; inclinó la cabeza y la besó en la garganta. Vega cerró los ojos y continuó:

–Tengo un marido que todavía me hace estremecer cuando me besa.

–Eres la mujer más deseable del mundo...

La acercó más hacia sí y la besó en los labios con la misma pasión de la primera vez. Vega se olvidó de dónde se encontraba y, alzando los brazos, los enlazó alrededor del cuello de su marido, devolviéndole el beso con entusiasmo.

–¡Papá, mamá, parad ya! Siempre os estáis dando besos. ¡Qué pesados!

Al darse cuenta de que una pareja mayor les observaba divertida, Vega enrojeció, avergonzada, en tanto que Martin, sonriente, le guiñaba un ojo a la señora, que le devolvió la sonrisa encantada.

–Dios mío, Martin, no podemos seguir comportándonos como dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, hasta nuestra propia hija se avergüenza de nosotros –afirmó la chica mientras se alejaban de las instalaciones de los osos panda.

–Tienes toda la razón –contestó Martin, muy serio mientras se encaminaban hacia la salida– esto no puede seguir así. No podemos continuar actuando en público de esta manera.

–Me alegro de que pienses como yo. Entonces ¿qué sugieres? –preguntó Vega, manteniendo las facciones inexpresivas, a pesar de que se notaba que trataba de contener una sonrisa.

–Propongo que volvamos a casa cuanto antes y continuemos esta... conversación en un lugar algo más privado.

–Hmm... Creo que puede ser una buena idea.

–Confía en mí –afirmó Martin, volviéndose hacia ella y besándola de nuevo con ansia infinita–. Yo no creo que sea una buena idea; estoy completamente seguro de ello.

Y riendo, caminaron los tres hacia el coche.